

## **ESCUADRA HACIA LA MUERTE**



## INTRODUCCIÓN

CÉSAR OLIVA  
Universidad de Murcia

### 1. UN ESTRENO MUY ESPECIAL

Así se puede calificar el de *Escuadra hacia la muerte*, allá en 1953: un estreno muy especial. No es normal que la obra de un autor novel alcance el éxito y reconocimiento que ésta tuvo. Alfonso Sastre tenía 25 años cuando comenzó a escribirla, y 27 cuando la estrenó. Las tres representaciones que se dieron (días 18, 22 y 24 de marzo de dicho año 1953, en el Teatro María Guerrero de Madrid), cuando lo normal en esos casos es que fuera sesión única, atestiguan el éxito que logró. Y hubieran sido más funciones de no mediar la primera de las muchas prohibiciones que recayeron sobre título tan emblemático. No sería ocioso recordar algunos estrenos que se produjeron estos años, con producciones de estilos inhabituales por entonces, que son hitos en la historia de la escena contemporánea española. Entre ellos, figura esta *Escuadra hacia la muerte*, como un año antes fue *Tres sombreros de copa*, de Mihura, algunos después, *Una bomba llamada Abelardo* (1953), de Alfonso Paso, y *Los hombres del triciclo* (1957), de Fernando Arrabal, entre otros. Se podría escribir un atractivo capítulo del teatro español a partir de estos estrenos, frustrados para unos, logrados para otros, altamente significativos para la mayoría.

Hay que añadir que, en 1953, Sastre aún no había terminado el servicio militar, y que terminó sus estudios en Filosofía y Letras poco después del citado estreno. Esto fue en la Universidad de Murcia, en la que se matriculó libre con el fin de tener tiempo para escribir, ocupación a la que se dedicaba prácticamente desde Arte Nuevo, es decir, desde 1945, cuando contaba apenas 20 años. Bien se puede decir que *Escuadra hacia la muerte* es la puerta que se

le abrió al autor de cara a la profesión, en donde se mantiene durante unas cuantas temporadas, concretamente hasta 1961, cuando se produce el estreno de *En la red*. El éxito de *Escuadra hacia la muerte* fue lo que le animó a escribir con cierta prodigalidad. Aquel mismo 1953 redacta *El pan de todos*, prohibida hasta 1957, en que se representa, muy mutilada, en Barcelona; y, el año siguiente, 1954, estrena a principio de temporada en el Teatro Reina Victoria *La mordaza*, lo que supone su auténtico primer estreno profesional. Es el año también de *Tierra roja*. En 1955 escribe nada menos que cuatro textos: *Ana Kleiber*, *La sangre de Dios*, *Muerte en el barrio* y *Guillermo Tell tiene los ojos tristes*. De ellas, sólo *La sangre de Dios* se estrena de manera inmediata, en Valencia, obra que es muy representada, durante años, por gran cantidad de grupos aficionados. Poco después estrena *El cuervo* (1957), y en el Teatro Nacional María Guerrero. Posteriormente, una versión de *Medea* (1958) y *La cornada* (1960). *Asalto nocturno* (1959) no llega a llevarse a escena, a pesar del interés de Claudio de la Torre, director del citado Nacional María Guerrero.

Éste es el inicio en la profesión como escritor teatral de un Alfonso Sastre que, en la década de los sesenta, renuncia expresamente al estreno convencional que, con ciertos vaivenes, había aceptado de manera plena. La explicación se encuentra, principalmente, en cierta reticencia con el sistema de producción escénica español, manifestada en la famosa polémica del posibilismo<sup>1</sup>. A pesar de lo cual su actividad como escritor no cesa, sino todo lo contrario. Sastre es de los autores más prolíficos de la escena contemporánea, aunque no siempre se haya dedicado al drama. El ensayo ocupa buena parte de su producción, así como la narrativa y hasta la poesía.

Éste es el contexto en el que nace *Escuadra hacia la muerte*, y en el que se da a conocer un autor. Aunque poco o nada añade al actual estudio y valoración que podamos hacer de la obra, al menos explica buena parte de los motivos que llevaron a profundizar en un tema tan peculiar y atípico en nuestra escena, así como en la forma de expresión que utiliza. Sólo hay que hacer un recorrido desde este drama hasta *Asalto nocturno* para apreciar una línea

---

<sup>1</sup> Recordamos el siguiente artículo en *Primer Acto*, en donde Sastre se posiciona en esta polémica: «Teatro imposible y pacto social» (núm. 14, 1960, pp. 1-2), al que dio réplica Buero Vallejo en «Obligada precisión acerca del “imposibilismo”» (núm. 14, 1960, pp. 1-6). En *Ínsula* (XV, 1960, p. 27), aquél respondía a las palabras del autor de *Historia de una escalera*, en «Alfonso Sastre no acepta el posibilismo», de Rafael Vázquez Zamora.

próxima al realismo (término que señala «para el escritor o artista la condición de testigo de la realidad»<sup>2</sup>), salpicado de más de un ingrediente alternativo (gusto por el azar y la paradoja, e incluso por el esoterismo; técnica del «qué hubiera pasado si»; héroes poco o nada esforzados, etc.) que abrazará de manera decisiva en posteriores etapas.

## 2. ESCUADRA HACIA LA MUERTE Y EL REALISMO

Cuando Sastre escribe *Escuadra hacia la muerte* venía de una escritura teatral nada realista. Su paso por Arte Nuevo había producido una serie de textos cercanos a las modernas técnicas del absurdo o, por mejor decir, del existencialismo, con evidentes préstamos de Sartre y Camus, dos auténticos guías de todo aquel que quisiera renovar la escena europea de posguerra. Lejos del aparente costumbrismo de *Historia de una escalera* (1949), de Buero Vallejo, *Cargamento de sueños* (1946) o *Prólogo patético* (1950) son textos de claro talante vanguardista. De manera que entrar en caminos del realismo sería una decisión, por un lado, comprometida, y por otro, clave para entender sus posibilidades de recepción en el público habitual de aquellos años. A pesar de las dificultades de reparto (pocas compañías al uso podían acometer un texto sin mujeres) y de la dureza del relato (muerte violenta del cabo Goban y suicidio de Javier), qué duda cabe que la textura del drama se acerca mucho más a la escena habitual que a sus anteriores experiencias. No obstante, se ha explicado esa peculiar salida de la norma por la posibilidad de representarse traducida en Europa. A pesar de ello, no deja de ser significativo el salto estético que determina para su estilo, y que va a determinarlo en toda la década de los cincuenta.

Tal y como sucede en otras obras de Alfonso Sastre, a la cuestión de si estamos ante un texto verdaderamente realista se puede contestar con un sí con condiciones. Lo es, en tanto que los personajes, acción y espacio en donde se desarrolla son realistas. Pero hay ciertos detalles, y no poco importantes, que rompen sus reglas del juego de esos años. Por ejemplo, una estructura claramente seccionada en dos partes, y no en tres, como era habitual; una progresión dramática cortada por el eje del intermedio: sube y sube en los

---

<sup>2</sup> En «Arte como construcción», en *Alfonso Sastre, Primer Acto*, Madrid, 1964, págs. 110-114.

primeros seis cuadros, y baja y baja desde el séptimo hasta el final; cierta complejidad en la mayoría de los personajes, presentados bajo el denominador común de su antiheroísmo: todos son culpables de algo, y no existe cara noble alguna; y muchas otras circunstancias alternativas que nos irán saliendo al hilo del análisis.

En cualquier caso, en la calificación de realista, tanto de este drama como de los que rodean este período de escritura dramática en el autor, se justifican todos los tópicos que han girado sobre el asunto. Es realista en tanto que quiere ser «testigo de la realidad» (una guerra fría a punto de convertirse en convencional, la división ideológica en Europa, una profunda aversión al militarismo, etc.), pero no lo es, en la medida en que introduce una serie de estrategias que rompen los hábitos del relato convencional: fragmentación de la fábula, decorado con corte que separa un interior y un exterior al estilo de Miller, ausencia de ingredientes positivos en todos los personajes, final desolador, etc.

Pero, si bien son interesantes estas salidas de la norma, la principal innovación sigue siendo la adscripción a un género poco o nada frecuente en la escena española de todos los tiempos. Nos estamos refiriendo a la tragedia, una tragedia moderna, de nuestro tiempo, que «cumple una función autenticadora con respecto al espectador»<sup>3</sup>. Lejos todavía del concepto de tragedia compleja, que activará el autor años más tarde, *Escuadra hacia la muerte* queda como un boceto de tragedia, menos compleja de lo que parece, y más directa de lo que cabría pensarse al tratarse de principios de los años cincuenta.

### 3. EL DESARROLLO DRAMÁTICO DEL TEXTO

Este drama presenta una cierta simetría en su organización dramática. Dividida en dos partes, ambas están formadas por seis cuadros, doce en total. El corte central o intermedio se produce detrás de una situación especialmente trágica, como es la muerte en escena de un personaje, poco antes de concluir la primera parte. Este hecho condiciona tanto la acción principal como el desarrollo de la segunda parte, marcado, evidentemente, por tan especial acontecimiento.

<sup>3</sup> Juan Villegas, «La sustancia metafísica de la tragedia y su función social: *Escuadra hacia la muerte*, de Alfonso Sastre», en *Symposium*, XXI, 3, 1967, y recogido por Mariano de Paco en *Alfonso Sastre*, Universidad de Murcia, 1993, p. 190.

tecimiento. La medida de cada uno de los doce cuadros es muy diferente. El 1 es el más largo de todos ellos; su extensión desciende en el 2; también baja de éste al 3, se mantiene casi en el 4, decrece bruscamente en el 5, y se duplica en el 6. La segunda parte se muestra más equilibrada: los cuadros 7, 9 y 10 presentan una duración similar; es muy breve también el 11 y penúltimo, y aumenta levemente en el 12.

La descripción del desarrollo sintagmático del texto nos llevará a conocer de manera concreta los diferentes pasos que el autor da para el progreso de su historia; así mismo, a definir a sus protagonistas, según avanza la acción. Primero nos ocuparemos de la aparición de los acontecimientos, para pasar después a analizar a los personajes.

Cuadro 1. *Seis personajes en busca de la muerte*. Eso es lo que parece desprenderse de cuantos están en escena: cinco soldados y un cabo, en una caseta perdida entre bosques. Sobresalen los detalles realistas que surgen de las acotaciones. Tres de los soldados juegan, otro dormita; el cabo limpia su fusil. Estamos en el crepúsculo de un día, tercero desde que llegó la escuadra hasta ese lugar en el que han de esperar a cumplir una misión. Ése es el objetivo inicial: esperar, y nada menos que dos meses, con el presagio de que «lo que venga» será algo poco agradable. Pronto se advierte el liderazgo que ejerce sobre ellos el cabo, y la pésima condición de los soldados, todos allí por tener en su expediente algún asunto lamentable.

Este primer cuadro informa de manera muy concreta sobre la entidad de los personajes, tal y como veremos en el epígrafe siguiente. Poco a poco, el autor va dibujando los perfiles más sobresalientes de ellos. De momento, sabemos que Luis está enfermo, y que no se soportan entre ellos. Los soldados, sobre todo, no toleran la actitud del cabo. Tampoco éste permite la indisposición de Luis. Por eso le ordena salir a su guardia, y relevar a Antonio. Todos ellos sienten el frío de un diciembre helado en cualquier lejano rincón de Europa, que ayudan a superar con unas dosificadas raciones de coñac.

El cabo Goban aprovecha esta escena inicial para subrayar lo que supone la disciplina militar, así como vestir el uniforme, e incluso morir por la patria. Por eso hermosea la guerra. Y por eso no le importa concluir el cuadro confesando los horrendos crímenes que lo llevaron a esa situación casi suicida.

Cuadro 2. *Una escuadra de condenados*. Luis, acostado, ha pasado una mala noche. Tiene fiebre. Con su guardia al aire libre se agravó, por eso lo retiraron del puesto desmayado. Y por eso todos manifiestan, ya sin ambages, que la actitud de Goban raya en la locura. Se dice que están a 5 km. de la vanguardia enemiga, cerquísima del peligro, un peligro que claramente son los rusos, pero unos rusos abstractos, casi intangibles, como si fueran irreales.

Todos tienen algo que ocultar. Están allí por causas lógicas, no por caprichos del destino. Para Antonio no hay salida; son «una escuadra de condenados a muerte». Ahora sabemos que su misión, llegado el caso, es estallar un campo de minas. En este cuadro late la idea oculta de que todos han hecho algo malo en su vida que les lleva a esa situación. La amistad entre ellos es muy difícil. La idea de Adolfo, de pegarle un tiro al cabo Goban, seguida de la entrada sorpresiva de éste, cierra el cuadro en clara atmósfera de intriga.

Cuadro 3. *Perfil de Javier y enfermedad de Luis*. Han pasado ya quince días desde que llegaron a ese lugar. Es de noche. Duermen cuatro de los personajes; uno de ellos, el cabo Goban, habla entre sueños. La situación sirve para definir la personalidad de Javier, sus contradicciones, que configuran como el personaje más complejo del conjunto. El cuadro se abre precisamente con una carta-confesión que éste redacta en su soledad. En ella cuenta la desesperación que produce la aparente calma exterior, y llama loco al cabo Goban. Así mismo, descubre sus perfiles más ambiguos y paradójicos. Es un momento de calma que, sin embargo, exaspera a los habitantes de la cabaña. Por otro lado, retrata cuanto sucede durante una noche cualquiera: la mayoría descansa, uno hace guardia, y otro (el más complejo) escribe.

Cuadro 4. *Intento de insurrección*. Es el amanecer de algún día después. Goban está el primero de pie. El resto se levanta. Luis parece algo mejor. El cabo lo insta a integrarse al grupo. Son los preparativos del desayuno. Lo que hacen todos los días. El frío y la desesperación hacen que Antonio se rebele ante el cabo Goban, aunque éste lo reduce con facilidad. Dolido por los golpes, cuenta que, en otra ocasión, mató a un sargento por efecto de la bebida. Jura vengarse de la paliza recibida de Goban.

Cuadro 5. *La soledad de Javier*. En su puesto de guardia, alejado de la cabaña, Javier reflexiona en forma de monólogo sobre la soledad. El tiempo de Navidad en el que se encuentran lleva sus pensamientos hasta su madre. Sus lágrimas intensifican la desesperación del momento<sup>4</sup>.

Cuadro 6. *Rebelión de la escuadra*. Los acontecimientos conducen a este momento crucial del drama. Y el autor lo lleva, precisamente, al día de Navidad. Así empieza la escena: con una especie de árbol navideño, y cuatro de los soldados «murmurando la canción». Sólo faltan Luis, que está de guardia, y el cabo Goban. Quieren celebrar la fiesta con una copa, aunque, al no estar el jefe en ese momento, lo hacen sin su permiso. A pesar del espíritu religioso del momento, los tragos se suceden uno tras otro. Algunos recuerdos surgen mezclados con risas; hasta hay un conato de pelea entre Pedro y Adolfo. La entrada del cabo los sorprende en el momento de mayor alboroto. Cuando le van a servir más licor, Goban golpea a uno de los soldados con la culata de su fusil. Es la gota que colma el vaso: los cuatro lo matan.

Cuadro 7. *Entierro y temor a la investigación*. Tras el intermedio, comienza la segunda parte. Fuera de la cabaña, entierran al asesinado. Luis improvisa una oración con evidente acierto, cosa que remite al personaje que mejor trasfondo tiene de todos. Al entrar en la choza encuentran a Adolfo, tendido. Ninguno ha podido dormir esa noche. En sus mentes late el temor a la investigación y, por supuesto, a un consejo de guerra. Todavía les quedan cuarenta días de permanencia en ese lugar, ya que apenas han pasado los veinte primeros. Pedro, el más veterano de todos, toma el mando: quiere que todo siga igual, cosa a la que el resto no está dispuesto. Adolfo quiere pasear libremente por el bosque. A Luis le inquieta la muerte de Goban, a pesar de no haber participado en ella, aunque la asume

---

<sup>4</sup> Cuenta Marsillach que, cuando ensayaba esta obra, en un momento dado le pidió a Alfonso Sastre que su personaje debía tener más texto, porque creía que era el que mejor representaba la desesperación de la escuadra. Era un momento en el que él, como actor, había conseguido cierta relevancia en la compañía del María Guerrero, y esta producción puntual no debía suponer un paso atrás en su carrera. El autor aceptó la sugerencia y, al día siguiente, apareció con este monólogo, que, por cierto, fue aplaudido el día del estreno. Esto dio pie a Marsillach a bromear con Sastre sobre su olfato dramático.

como uno más. Cree ser un buen compañero. El cuadro termina oyéndose la canción que machaconamente tarareaba Goban: en esta ocasión, es Pedro el que la canta.

Cuadro 8. *Desesperación y falsa alarma*. El autor, al parecer, mostró en este momento de la escritura ciertas vacilaciones sobre la continuidad del drama<sup>5</sup>. Los soldados están en un momento de cierta desesperación. Antonio no puede ni dormir. Descuidados y sin afeitarse muestran la falta de disciplina en la que se encuentran sumergidos. Es 10 de enero. En ese momento hay señales de que la entrada en combate es inminente. Parece que han oído disparos. Suena el teléfono de campaña. Pedro anuncia que ve al enemigo. Todos se preparan para la batalla. Pero se trata de una falsa alarma. Javier recibe la noticia de que sólo eran apariencias.

En este cuadro se revela el gusto del autor por temas esotéricos. En plena obsesión ante la inminente invasión del enemigo, Adolfo dice: «El viento en los árboles... Por la noche es como si todo el bosque estuviera habitado... Se oyen ruidos... Al principio me ponían la carne de gallina, pero ya no...».

Cuadro 9. *Remordimientos*<sup>6</sup>. Todos acaban de comer, menos Javier, que permanece tumbado. Van a fumar el último paquete de tabaco. Apenas quedan víveres. Y la ofensiva sigue sin llegar. Eso les da cierta tranquilidad. Pero todos tienen una cuenta pendiente. El remordimiento por la muerte de su superior les atenaza cada vez más, aunque pactan que, cuando les pregunten, dirán todos que el cabo salió de patrulla y no volvió. Todos, menos Pedro, que asegura que confesará la muerte de Goban tal y como ocurrió. Su conciencia no le permite otra cosa. Los demás reaccionan de manera adversa. Creen que a Pedro no le importa morir, pues será una

---

<sup>5</sup> Farris Anderson, en su edición de esta obra (Clásicos Castalia, 1985, 5.ª ed.) da cuenta de esta circunstancia: «Las muchas correcciones y cambios que se encuentran en el manuscrito a partir de aquí evidencian una marcada vacilación del autor al trazar el desarrollo de la obra hasta su desenlace» (nota 4, p. 109). Esto ratifica la idea del editor de que Sastre comenzó a escribir este drama sin saber cómo lo iba a terminar.

<sup>6</sup> También Farris Anderson señala que Sastre suprimió un cuadro IX, de manera que el actual, que iba como X, ocupa ahora la numeración del anterior.

manera de satisfacer lo que le ocurrió a su mujer. Pero no. Su denuncia se basa en demostrar una dignidad que nunca había tenido. Antonio quiere seguir viviendo, y asegura que jamás volverá a matar. Adolfo también quiere sobrevivir, por lo que no lo importa que, para conseguirlo, tenga que eliminar a un nuevo jefe, como es ahora Pedro. Pero ninguno lo secunda.

Cuadro 10. *Diversidad de posiciones*. A estas alturas del drama interesa conocer la posición de cada uno respecto a la situación. Adolfo insiste en que Pedro, ausente de esa reunión, tiene que morir. Y traza una posible explicación: Goban y él se salieron juntos y no volvieron. Están a 30 de enero y pronto va a llegar la patrulla. Antonio no está de acuerdo con un nuevo derramamiento de sangre. Prefiere pasarse al enemigo e ir a un campo de concentración. Adolfo quiere irse al monte de guerrillas. Luis y Javier optan por quedarse con Pedro y esperar al enemigo. Javier habla de que el destino le ha preparado una muerte infame y tiene que asumirla. La muerte de Goban, para Javier, no fue un hecho fortuito; pereció para que la tortura de todos ellos creciera. Por eso tienen decretada una muerte sucia. Es un destino superior. Esas palabras le parecen a Pedro una verdadera oración.

Cuadro 11. *Huidos y perdidos*. Adolfo y Antonio están fuera del espacio habitual: parecen perdidos entre las sombras de los árboles. Es como si hubieran andado mucho, y estén lejos de la cabaña. Son los dos escapados. Están muy cansados. Antonio se arrepiente de haber dejado a sus compañeros. No puede dar un paso más. Adolfo le pide que se vaya con él, pero definitivamente se queda entre la niebla.

Cuadro 12. *Suicidio y espera imposible*. El drama se cierra con un crepúsculo, de la misma forma que empezó. Como buena tragedia, no hay esperanza de amanecer. Empieza la noche del día en que se fueron Adolfo y Antonio. Pedro entra e informa a Luis del suicidio de Javier. Sus palabras de la noche anterior lo habían condenado. Pedro abre a Luis la posibilidad de ser el único superviviente. Pero éste quiere participar de la culpa que ensombrece a todos los de esa escuadra. Pedro le pronostica que su penitencia será vivir, recordar todo aquel horror que ha pasado durante esos días. Luis admira a su compañero, al que considera casi su hermano.

Van a fumar los dos últimos cigarrillos que tienen, a pesar de que Luis jamás se había puesto uno en los labios. A partir de allí fumará, y el sabor del tabaco le recordará toda aquella pesadilla.

#### 4. LOS PERSONAJES DE LA ESCUADRA<sup>7</sup>

Merece la pena advertir que ya en el primer cuadro los personajes empiezan a quedar diseñados. El autor no quiere perder el tiempo en cuestiones secundarias. Define tanto el talante casi fanático del cabo Goban como los oscuros perfiles del resto de la tropa, que, por su juventud, bien podrían aparecer con rasgos atractivos, aunque sus palabras desvelan personalidades poco o nada decorosas. Todos cuentan con oscuros historiales; de ahí que su presencia en esa escuadra responda a innegables deméritos. El propio Goban, hacia el final de primer cuadro, desvela que es otro castigado más. Fue degradado a cabo desde sargento por haber matado a tres inferiores de forma injustificada; al último, con una bayoneta en plena instrucción. Tiene 39 años, y desde los 17 está en el ejército, concretamente en la Legión.

No se queda atrás el resto. Pedro maltrató y mató a prisioneros, como venganza por los abusos que sufrió su mujer en Bélgica, en donde vivían. Su pésima condición se evidencia cuando, en la segunda parte, asume el mando del grupo, por ser el de mayor edad, y, con él, todos los elementos negativos que el cargo comporta.

Javier es llamado el «profesor» por sus gafas, y, en efecto, lo es de Metafísica, pero también fue desertor. A pesar de su aparente brillantez, su pasado no es nada saludable, aunque parece algo más honesto que el resto. Por lo menos, se avergüenza de sí y, en momentos de desesperación, se acuerda de su madre. Por eso es capaz de escribir una carta (cuadro 3) en la que dicta su última voluntad ante la muerte. Finalmente, es el único que cree en el destino. Incapaz de asumir su culpa, se suicida.

---

<sup>7</sup> Aunque sea un añadido casi anecdótico, debemos señalar que, en la primera redacción, el autor puso nombres españoles a los personajes: Adolfo Reyes, Pedro López, Luis García, Cabo Ruiz, Javier Romero y Andrés González. Posteriormente, y para el estreno en Madrid, los cambió por los de Adolfo Lavin, Pedro Recke, Luis Foz, Cabo Goban, Javier Gadda y Andrés Jacob. Probablemente, era una estrategia de cara a la censura. De esa manera se europeizaba el *dramatis personae*.

Adolfo, que procede de anticarros, dejó sin pan a su unidad. En el cuadro 2 anuncia la muerte del cabo Goban, pues manifiesta su intención de matarlo. En última instancia, es el único que huye de la cabaña, y quiere seguir su lucha particular en las guerrillas.

Antonio es el único que no ha entrado aún en combate. Como estudiante fue un desastre. A pesar de sus 26 años, es un consumado borracho. Por ese motivo rompió su relación con una chica, con la que quería formar un hogar. Su mundo era de riñas continuas, las cuales todavía pretende mantener con sus compañeros, como demuestra la pelea con el cabo.

Luis es, de todos ellos, el menos contaminado por el mal. Está allí por haberse negado a formar parte de un piquete. La enfermedad que padece en las primeras escenas le confiere ciertas dosis de compasión. Además, al estar de guardia, no participó en el asesinato del cabo Goban. Por eso es el primero que muestra arrepentimiento. El autor, quizás por el cúmulo de elementos negativos que da al resto de personajes a lo largo del drama, decide que su salvación premie sus aparentes virtudes, aunque sea una salvación condicionada: a lo largo de su vida, le dice Pedro, recordará con terror esos momentos.

## 5. SENTIDO Y FORMA DEL DRAMA

Hemos visto en la forma de evolucionar la acción dramática de este drama que el autor intenta conducirnos hacia un moderno concepto de tragedia. Tanto la única acción (permanencia de un grupo de soldados en un lugar ante una posible acción del enemigo) como la entidad de los personajes (castigados del ejército para llevar a cabo una misión imposible) se dirigen hacia un imposible corolario. Añadamos a ello la circunstancia de una muerte violenta en el grupo, nada menos que la del responsable de la escuadra. Una sublevación entre personas de esa catadura incrementa, por un lado, el tono miserable del drama, pero, por otro, intensifica la voluntad de crítica hacia una sociedad (la militar) incapaz de sostener sus propias normas. En este sentido, no es difícil entender la censura que un país como España aplicó a un texto como éste, en el que, entre otras cosas, se oyen frases como las siguientes, en boca del cabo Goban:

Éste es el traje de los hombres: un uniforme de soldado. Los hombres hemos vestido siempre así, ásperas camisas y ropas que dan frío en el invierno

y calor en el verano... Corrajes... El fusil al hombro... Lo demás son ropas afeminadas... La vergüenza de la especie.

Un soldado no es más que un hombre que sabe morir, y vosotros vais a aprenderlo conmigo. Es lo único que os queda, morir como hombres. Y a eso enseñamos en el Ejército. (Cuadro 1.)

Ante este panorama, se entiende bien que el objetivo de esos personajes sea llegar a la muerte de la manera más digna posible, misión tan imposible como la que los ha conducido a ese escenario. En el camino hacia el final, cada uno de los incidentes no hace sino aumentar la condición de indignidad de los soldados, que son responsables de una muerte violenta. Por eso todos quieren llegar al desenlace por distintos caminos. Por el de mantener su suerte; por el de buscarla por otros frentes; o por el del suicidio. En cualquier caso, tristes soluciones a unas no menos tristes existencias.

En 1962, nueve años después del estreno, Alfonso Sastre escribía a propósito de una lectura dialogada de la obra en un Colegio Mayor de Madrid:

Mi obra es [...] una invitación al examen de conciencia de una generación de dirigentes que parecía dispuesta, en el silencioso clamor de la guerra fría, a conducirnos al matadero.

Desde luego *Escuadra hacia la muerte* es eso, pero, en la distancia del tiempo, resulta también un drama sobre la incomunicación, sobre todo, en el ambiente de un clima bélico que va más allá de una hipotética tercera guerra mundial. De ahí que el autor optara por el relato realista, a pesar del intento de proponer ciertos planos simbólicos. El tiempo, quizás, haya desgastado tales intenciones, aunque, por otro lado, fortalecido el carácter de los personajes, la pura narración, e incluso un mundo de ocultas intenciones que se materializan en la realidad de una patrulla condenada a la peor de las derrotas: la que procede de sus mismos integrantes, convertidos, de manera inexorable, en los principales enemigos.

*ESCUADRA HACIA LA MUERTE*  
*(Drama en dos partes)*



Esta obra se estrenó en el Teatro María Guerrero, en Madrid, por el Teatro Popular Universitario el 18 de marzo de 1953<sup>1</sup>.

### *Personajes*

SOLDADO Adolfo Lavin

SOLDADO Pedro Recke

SOLDADO Luis Foz

CABO Goban

SOLDADO Javier Gadda

SOLDADO Andrés Jacob

La acción, en la casa de un guardabosques. Tercera guerra mundial.

---

<sup>1</sup>Las notas a pie de página están tomadas de la edición que de esta obra hizo la Editorial Alhambra (Madrid, 1986). Su autor es J. Estruch Tobella.



## PRIMERA PARTE

### CUADRO PRIMERO

*Interior de la casa de un guardabosques, visible por un corte vertical. Denso fondo de árboles. Explanada en primer término. Es la única habitación de la casa. Chimenea encendida. En los alrededores de la chimenea, en desorden, los petates de seis soldados. En un rincón, ordenados en su soporte, cinco fusiles y un fusil ametrallador. Cajas de municiones. Un gran montón de leña. Una caja de botiquín, con una cruz roja. Puerta al foro y ventana grande en muro oblicuo a la boca del escenario. Es la hora del crepúsculo. Alrededor de la lumbre, LUIS, ADOLFO y PEDRO, sentados en sus colchonetas dobladas, juegan a los dados. JAVIER, tumbado en su colchoneta extendida, dormita. Aparte, el CABO Goban limpia cuidadosamente su fusil. Empieza la acción.*

ADOLFO.— *(Echa los dados.)* Dos ases.

PEDRO.— *(Lo mismo.)* Uno. Eh, tú, Luis, te toca a ti.

LUIS.— *(Que parece distraído.)* ¿Eh?

PEDRO.— Que te toca a ti. *(LUIS no dice nada. Echa los dados, uno a uno, en el cubilete y juega. No mira la jugada.)*

ADOLFO.— Has perdido. Y llevas dos. Tira. *(LUIS juega de nuevo.)* Dos damas. Tira. *(LUIS echa tres dados en el cubilete y juega.)* Cuatro. Está bien. *(LUIS no suelta el cubilete.)* ¿Me das el cubilete?

LUIS.— Ah, sí..., perdona. *(Se lo da, y ADOLFO echa los dados.)*

PEDRO.— ¿Qué te pasa? ¿Es que no te encuentras bien?

LUIS.— Es que... debo de tener un poco de fiebre. Siento *(Por la frente.)* calor aquí.

PEDRO.— Échate un poco a ver si se te pasa.

LUIS.— No. Prefiero... Si me acuesto es peor... Prefiero no acostarme. Ya se me pasará. ¿Quién tira?

ADOLFO.— Yo. (*Tira. Contrariado, vuelve a echar los cinco dados y juega.*) Tres reyes.

PEDRO.— (*Juega.*) Menos. (*A LUIS.*) Tú. (*Pero LUIS no le escucha. Tiene la cabeza inclinada y se aprieta las sienes con los puños. Está sudando.*) Luis, pero ¿qué te ocurre?

LUIS.— (*Gime.*) Me duele mucho la cabeza. (*Levanta la vista. Tiene lágrimas en los ojos.*) Debí de ser ayer, durante la guardia... Cogí frío... El frío no me hace bien... desde pequeño. (*Gime.*) Me duele mucho.

PEDRO.— Espera. (*Se levanta y va al fondo. Abre una caja de botiquín y saca un tubo. Extrae una pastilla. Saca un vaso del bolsillo y coge agua. Echa la pastilla.*)

CABO.— (*Sin volverse.*) ¿Qué haces?

PEDRO.— Es una tableta... para Luis. No se encuentra bien.

CABO.— (*Sin levantar la cabeza.*) ¿Qué le pasa?<sup>1</sup>

PEDRO.— Le duele la cabeza. Está malo.

CABO.— Esa caja no se abre sin mi permiso. No podemos malgastar los medicamentos. ¿Entendido? Pero aunque los tuviéramos de sobra.

PEDRO.— Sí, cabo.

CABO.— (*Sonríe duramente.*) Estoy hablando en general, ¿comprendes? Si a ése le duele tanto la cabeza, le das el calmante y no hay más que hablar. Yo también soy compasivo, aunque a veces no lo parezca. Bueno, ya sabéis que esta situación puede prolongarse mucho tiempo y que no estamos autorizados para pedir ayuda a la Intendencia. El mando nos ha dado víveres y medicinas para dos meses. Durante estos dos meses no existimos para nadie. Está anotada la fecha en que empezamos a contar otra vez... En febrero... Mientras tanto, los que saben que estamos aquí piensan en otras cosas<sup>2</sup>. Pero, además..., es que soy el jefe de la escuadra. ¿Sabéis lo que es eso? (*Levanta la cabeza.*) Bien, ¿qué esperas? (*PEDRO da un taconazo y vuelve con los otros. El CABO continúa en su tarea.*)

<sup>1</sup> En la 1.ª edición (1953) «CABO.— (*Mueve la cabeza.*) No podemos malgastar los medicamentos. PEDRO.— Pero, cabo... Es que... CABO.— (*Sonríe duramente.*) Estoy hablando», etc.

<sup>2</sup> En la 1.ª edición no figura: «Pero, además..., es que soy el jefe de la escuadra. ¿Sabéis lo que es eso?»

PEDRO.— *(Le da el vaso a LUIS.)* Tómate esto.

LUIS.— *(Lo toma.)* Gracias. *(Se recuesta en la pared y queda en silencio.)*

PEDRO.— *(A ADOLFO.)* ¿Quieres un pitillo?

ADOLFO.— Bueno. *(Encienden. El CABO ha empezado a canturrear una canción.)* Ya está ése cantando.

PEDRO.— Sí. Se ve que le gusta esa canción.

ADOLFO.— Me crispa los nervios oírle.

PEDRO.— ¿Por qué?

ADOLFO.— Eso no se sabe. No le gusta a uno y basta. *(PEDRO echa un tronco en la chimenea.)*

PEDRO.— Se está bien aquí, ¿eh? Alrededor del fuego. *(Fuma. Atiza el fuego.)* Me recuerda mi pueblo. A estas horas nos reuníamos toda la familia junto a la lumbre.

ADOLFO.— Yo también soy de pueblo. Pero he vivido toda mi vida en la capital.

PEDRO.— Yo salí de la aldea a los dieciocho años y no he vuelto nunca. Tengo veintinueve.

ADOLFO.— ¿A qué te dedicabas?

PEDRO.— Trabajaba en una fábrica. ¿Y tú?

ADOLFO.— Negocios. *(Pausa. Fuman. Bajan la voz.)* Oye, ¿es que ése no pasa frío?

PEDRO.— *(Pone el dedo en la boca.)* Cállate. Te va a oír y tiene muy malas pulgas.

ADOLFO.— Ya lo sé. ¿Y a mí qué me importa? ¿Por qué no se sienta a la lumbre con nosotros? Es un tipo que no me hace gracia. Nos trata a patadas el muy bestia. *(El CABO sigue canturreando.)* Seguramente se cree que es alguien, y no tiene más que un cochino galón de cabo. Éste es uno de esos «primera» que se creen generales.

PEDRO.— ¿Te vas a callar o no? *(Pausa.)*

ADOLFO.— *(Con un ademán brusco arroja el pitillo.)* Tres días que estamos aquí y ya parece una eternidad.

PEDRO.— Yo pienso que si a los pocos días de conocernos ya empezamos así..., mala cosa.

ADOLFO.— Ya empezamos, ¿a qué?

PEDRO.— A no soportarnos.

ADOLFO.— ¡Bah!

PEDRO.— La verdad es que esto de no hacer nada..., tan sólo esperar..., no es muy agradable.

ADOLFO.— No; no es muy agradable. Sobre todo sabiendo la que nos espera..., si no hay alguien que lo remedie.

PEDRO.— ¿Qué quieres decir?

ADOLFO.— Nada.

PEDRO.— Bueno. Yo creo que lo mejor es no amargarse la vida con lo que nos espera o no nos espera. Porque no se sabe nada de lo que va a pasar.

ADOLFO.— Yo he pensado que es posible que la ofensiva no se produzca.

PEDRO.— Es posible. En cuanto a mí, preferiría lo contrario.

ADOLFO.— ¡Ah! ¿Prefieres...?

PEDRO.— Sí. Lo que no me gusta es que no pase nada. Hace tres meses que no pego un tiro y eso no me sienta bien.

ADOLFO.— Ahora va a resultar que eres un patriota.

PEDRO.— No. No soy un patriota. Es que..., bueno, sería muy largo de contar. No merece la pena.

ADOLFO.— ¿Por qué te han metido en esta escuadra? Todos sabemos que estamos aquí por algo. Esto es..., creo que lo llaman una «escuadra de castigo». Un puesto de peligro y... muy pocas posibilidades de contarlo. Bien, ¿por qué ha sido? No será porque eres un hombre virtuoso, ¿eh?, un angelito.

PEDRO.— No, claro... Es que maltraté a unos prisioneros, según dicen.

ADOLFO.— ¿Qué les hiciste? ¿Arrancarles la piel a tiras? ¿O extraerles cuidadosamente los ojos?

PEDRO.— Nada. ¿Qué te importa? Déjame tranquilo.

ADOLFO.— Odias a esa gente, ¿no?, al enemigo..., al misterioso enemigo. Almas orientales... Refinados y crueles<sup>3</sup>. ¿Los odias?

PEDRO.— Con toda mi alma.

ADOLFO.— Tendrás... motivos particulares.

PEDRO.— *(Con esfuerzo.)* Sí, muy particulares. Verdaderamente... particulares. *(Se levanta y, nervioso, da unos paseos con las manos en los bolsillos. Va a la ventana y queda mirando hacia fuera.)* Buen frío debe de hacer fuera, ¿eh, cabo? Vaya tiempo. *(El CABO se encoge de hombros. Mete el cerrojo en el fusil y se levanta. Deja el arma en un rincón. Se estira. ADOLFO le observa en silencio. El CABO se acerca a donde duerme JAVIER y le da con el pie.)*

<sup>3</sup> Alude a los rusos. Esta caracterización coincide con la imagen que durante la guerra fría se tenía de la Unión Soviética en Occidente.

CABO.— ¡Eh, tú! Ya está bien de dormir. (JAVIER se remueve débilmente.)  
¿Lo oyes? ¡Levántate ya! (Le da de nuevo con el pie. JAVIER se incorpora y queda sentado. Saca del bolsillo unas gafas montadas al aire y se las pone.)

JAVIER.— ¿Qué hay?

CABO.— Que ya está bien de dormir. ¿Te has creído que estás de vacaciones?

JAVIER.— (Se ha levantado y está en una actitud parecida a «firmes».)

No..., no tenía nada que hacer.

CABO.— Estar atento y dispuesto. ¿Te parece poco? Coge el ametrallador.

(JAVIER va por él y lo coge. Vuelve junto al CABO.) Está sucio. Límpialo.

JAVIER.— A sus órdenes. (Se sienta y trata de limpiarlo, desganadamente.)

CABO.— Y a ése, ¿qué le pasa? ¿Sigue malo? (JAVIER se encoge de hombros.) Tú. Basta ya de cuento. (LUIS no abre los ojos. El CABO le da en la cara con el revés de la mano.)

LUIS.— (Entreabriendo los ojos, penosamente.) Me..., me sigue doliendo mucho. Como si tuviera algo aquí. (Por un lado de la cabeza.) Es... un fuerte dolor.

CABO.— No te preocupes. Se te quitará en la guardia. Es tu hora.

LUIS.— (Consulta su reloj.) ¿Mi hora? (Trata de levantarse.)

CABO.— Sí, tu hora. ¿Le extraña al señorito? (Cambia de tono.) Hay que estar atento al reloj, ya lo sabes. Espero que no vuelva a ocurrir; ibas a llevarte un disgusto. Ni yo soy un bedel, ni tú un gracioso colegial. Estás vistiendo un traje militar, pequeño. Si no te has dado cuenta, vas a pasarlo muy mal conmigo. (LUIS se ha levantado. Se pone con mucho trabajo el capote y el correa. Coge el fusil y, al tratar de colgárselo, vacila. El fusil cae al suelo. Con un rugido:) ¿En qué estás pensando, idiota? El fusil no se puede caer. (Entre dientes.) Eso no puede suceder nunca.

PEDRO.— Cabo, me atrevo a decirle que Luis está realmente enfermo. Yo haré su guardia.

CABO.— Cállate tú.

PEDRO.— Es que...

CABO.— ¡Silencio! Y no vuelvas a meterte en lo que no te importa. Tú vete ya. Yo no puedo admitir que un soldado se ponga enfermo como una pálida muchachita. Es la hora del relevo, y eso es sagrado. (LUIS, vacilante, sale. Hay una ráfaga de aire al abrir la puerta. Un silencio. PEDRO

*está mirando fijamente al CABO. Éste se sienta junto a la lumbre y enciende un pitillo. Observa el trabajo de JAVIER.)* Ese cierre no está limpio. (JAVIER coge la pieza y la mira.) Puede quedar mejor, ¿no crees? (JAVIER no responde. Se limita, con un encogimiento de hombros, a limpiarla de nuevo.) Pedro, trae la barrica. (PEDRO coge un barrilito y se lo lleva al CABO. ADOLFO se acerca y JAVIER deja el ametrallador para sacar un vaso aplastado del bolsillo. Todos esperan algo. El CABO extrae con un cazo y reparte una pequeña ración de líquido a cada uno. ADOLFO lo saborea. PEDRO lo bebe en dos veces. JAVIER, de un trago.)

ADOLFO.— *(Cuando ha saboreado la última gota voluptuosamente.)* Cabo, no creo que un poco más de coñac nos hiciera daño. Sólo... un poco. Con este frío...

CABO.— *(Bebiendo lo suyo, que acaba de echarse.)* Lo poco que bebemos es porque hace frío. Hay que tener cuidado con el alcohol. He visto a magníficos soldados perder el respeto al uniforme... por el alcohol.

PEDRO.— ¿Usted... ha sido soldado toda su vida?

CABO.— *(Apura el coñac.)* Sí.

PEDRO.— *(Tratando de conversar con él.)* ¿Cuánto tiempo hace que viste el uniforme, cabo? Es una forma de preguntarle cuántos años tiene.

CABO.— Tengo treinta y nueve... A los diecisiete ingresé en la Legión, pero desde pequeño era ya soldado... Me gustaba...

PEDRO.— *(Ríe.)* ¡Es usted un hombre que no ha llevado corbata nunca, cabo! *(Una pausa. PEDRO deja de reír. Un silencio.)*

CABO.— Éste es mi verdadero traje. Y vuestro verdadero traje ya para siempre. El traje con el que vais a morir. *(Ante el gesto de los otros se ríe él. Ellos se miran con inquietud. El gesto del CABO se endurece, y añade:)* Éste es el traje de los hombres: un uniforme de soldado. Los hombres hemos vestido siempre así, ásperas camisas y ropas que no protegen del frío ni del calor... Corrajes... El fusil al hombro... Lo demás son ropas afeminadas..., la vergüenza de la especie. *(Mira a JAVIER detenidamente. Éste finge que se le han empañado las gafas y las limpia.)* Pero no basta con vestir este traje..., hay que merecerlo... Esto es lo que yo voy a conseguir de vosotros..., que alcancéis el grado de soldados, para que seáis capaces de morir... como hombres. Un soldado no es más que un hombre que sabe morir, y vosotros vais a aprenderlo

conmigo. Es lo único que os queda, morir como hombres. Y a eso enseñamos en el ejército.

PEDRO.— Cabo, había oído decir que en el ejército se enseñaba a luchar... y a vencer, a pesar de todo.

CABO.— Para luchar y vencer, antes es preciso renunciar a esta perra vida. Vosotros no habéis renunciado aún, ¿verdad? Todavía os queda un cochino resquicio de esperanza. No sois soldados. Sois el desecho, la basura, ya lo sé..., hombres que sólo quieren vivir y no se someten a una disciplina. ¡Indisciplinados y cobardes! Bien. Vais a tragar la disciplina del cabo Goban, la disciplina de un viejo legionario. Necesito una escuadra de soldados para la muerte. Los tendré. Los haré de vosotros. Los superiores saben lo que han hecho poniendo esta escuadra bajo mi mando. Voy a ir con vosotros hasta el final. Voy a morir con vosotros. Pero vais a llegar a la muerte limpios, en perfecto estado de revista. Y lo último que vais a oír en esta tierra es mi voz de mando<sup>4</sup>. ¿Qué os parece la perspectiva?

ADOLFO.— (*Con voz ronca.*) Cabo.

CABO.— ¿Qué?

ADOLFO.— (*Con una sonrisa burlona.*) Ya sé qué clase de tipo es usted.

Usted es uno de esos que creen que la guerra es hermosa. ¿A que sí?

CABO.— (*Mira a ADOLFO fijamente.*) Si a ti no te gusta, trata de marcharte. A ver qué ocurre. (*JAVIER murmura algo entre dientes.*) ¿Dices algo tú?

JAVIER.— No, es que... me he hecho daño en un dedo al meter el cierre.

CABO.— Parece ser que eres «profesor». Tendrás teorías sobre este asunto y sobre todos, supongo. Explicanos tus delicadas teorías. Es hora de que oigamos algo divertido. ¡Vamos! ¡Habla!

JAVIER.— (*Con nervios.*) Oiga usted, cabo, yo no tengo interés en hablar de nada, ¿me oye? Estoy aquí y le obedezco. ¿Qué más quiere?

CABO.— (*Le corta.*) Eh, eh, cuidado. Menos humos. No tolero ese tono..., «profesor».

JAVIER.— Perdóneme... Es que... estoy nervioso.

<sup>4</sup> En la 1.<sup>a</sup> edición: «Me vais a aguantar hasta el final. Si os molesta, os fastidiáis. ADOLFO.— (*Con voz ronca.*) Cabo», etc. Este discurso reproduce la retórica militarista y de exaltación de la muerte característica de la Legión, utilizada también por la propaganda falangista. Recuérdese los himnos de la Legión y de la Falange.

CABO.— En efecto. El «profesor» es un hombre muy nervioso y, además, un perfecto miserable. Me parece que ya es hora de que vayamos conociéndonos. *(En este momento se abre la puerta y aparece ANDRÉS: capote con el cuello subido, guantes y fusil. Se acerca al CABO.)*

ANDRÉS.— A sus órdenes, cabo.

CABO.— Siéntate.

ANDRÉS.— Cabo, quería decirle que me ha parecido encontrar a Luis... en malas condiciones para hacer el relevo. Me temo que no se encuentre bien.

CABO.— Deja eso. Ya lo he reconocido yo antes y no tiene nada. Ahí tienes tu coñac. *(ANDRÉS se quita el correaje y el capote. Se sienta y bebe ávidamente su coñac hasta la última gota.)* Has llegado a tiempo de oír una bonita historia. Estamos hablando del «profesor».

JAVIER.— Cállese de una vez. Déjeme en paz.

CABO.— *(Mira fijamente a JAVIER.)* Desde el primer momento comprendí que no me iba a llevar muy bien muy bien contigo. No somos de la misma especie. Te odiaba desde antes de conocerte, desde que, hace una semana, me llamaron y tuve tu expediente en mis manos. Es curioso pensar que hace una semana no os conocíais ninguno. Pero yo os conocía ya todos. Y vosotros ni siquiera podíais suponer mi existencia, ¿verdad? Sin embargo, ahora nada hay para vosotros más real que yo. *(Ríe.)*

ANDRÉS.— ¿Que... le dieron nuestros expedientes?

CABO.— Sí, vuestras agradables biografías. *(Hay miradas de inquietud.)* Soldado Javier Gadda. Procedente del regimiento de Infantería número quince. Operaciones al sur del lago Negro<sup>5</sup>, ¿no es verdad?

JAVIER.— *(Asiente.)* Sí, de allí vengo. Era un infierno de metralla, algo... horrible. *(Se tapa los oídos.)*

CABO.— No te preocupes. Esto es otro infierno. Soldado Adolfo Lavin, segunda Compañía de Anticarrros... En el Sur<sup>6</sup>. ¿Te acuerdas?

ADOLFO.— *(Sombrío.)* No lo he olvidado.

<sup>5</sup> En la 1.ª edición: «lago Onega». Antes de la Segunda Guerra Mundial el lago Onega marcaba la frontera entre Finlandia y la URSS. Después del conflicto quedó incorporado al territorio de la URSS. El lago «Negro» parece un topónimo inventado por Sastre.

<sup>6</sup> En la 1.ª edición: «Compañía de Anticarrros. Sievsk». Sievsk es una población soviética, situada al suroeste de Moscú.

CABO.— Andrés Jacob. Un bisoño. Del campo de instrucción de Lemberg<sup>7</sup> a una escuadra de castigo. ¿Eres tú?

ANDRÉS.— Sí, yo.

CABO.— Soldado Pedro Recke<sup>8</sup>. El río Kar... La ofensiva de invierno... Muchos prisioneros, ¿verdad?

PEDRO.— Sí.

CABO.— Tú sí eres soldado, Pedro..., y te felicito. Si saliéramos de ésta, me gustaría volver a verte.

PEDRO.— (*Serio.*) Gracias.

CABO.— Si queréis saberlo, yo no estoy aquí para castigaros. Yo no soy otra cosa que un castigado más. No soy un santo. Si lo fuera, no estaría aquí con vosotros. (*Alguna risa fría.*)

PEDRO.— (*Audazmente.*) Me dijeron que usted... había llegado a algo más en el ejército. Quiero decir... que lo degradaron. Era sargento, ¿no?

CABO.— ¿Quién te ha dicho eso? ¿Qué sabes tú de mí? Vamos, dilo.

PEDRO.— Poca cosa.

CABO.— Espero que no me dé vergüenza. Habla.

PEDRO.— Me han dicho que tiene tres cruces negras.

ANDRÉS.— ¿Cómo «tres cruces negras»? ¿Qué es eso?

PEDRO.— Está claro. Que se ha cargado a tres. ¿Es cierto, cabo? (*El CABO lo mira fríamente.*) Cuando era sargento. Dos muertos en acciones de guerra y uno durante un período de instrucción. ¿Es cierto?

CABO.— (*Después de un silencio.*) Sí. Maté a dos cobardes. A uno porque intentó desertar. Esto fue en la guerra pasada. Ya en ésta se repitió la historia... Se negaba a saltar de la trinchera... (*JAVIER baja la vista.*)

PEDRO.— ¿Y el tercero?

CABO.— (*Sombrío.*) Lo del tercero... fue un accidente.

PEDRO.— ¿Un accidente?

CABO.— ¡Sí! (*Se levanta. Sombrío, recorre la habitación.*)

PEDRO.— ¿Qué clase de accidente?

---

<sup>7</sup> Lemberg: nombre alemán de la capital de la Galitzia Oriental. Antes de la Segunda Guerra Mundial pertenecía a Polonia. Después a la URSS, con el nombre de Lvov.

<sup>8</sup> En la 1.ª edición: «Se ha batido bien en Harkov y Milerovo. Muchos prisioneros», etc. Harkov: ciudad soviética situada en Ucrania. «Milerovo» parece un topónimo inventado por Sastre, igual que el río «Kar».

CABO.— (*Se pasea.*) En instrucción, explicando el cuerpo a cuerpo, haciendo asalto a la bayoneta... Tuvo él la culpa... Era torpe, se puso nervioso... no sabía ponerse en guardia...

PEDRO.— ¿Lo mató? ¿Allí mismo... quedó muerto?

CABO.— No me di cuenta de lo que hacía. El chico temblaba y estaba pálido. Me dio rabia. Lo tiré al suelo de un golpe, y ya no sé lo que me pasó. Tuve un ataque. Lo rematé yo mismo... allí. Lo cosí a bayonetazos. Me había enfierecio. Era torpe..., un muchacho pálido, con pecas..., (*Cambia de tono.*) y ahora que lo recuerdo me parece que tenía... (*Tuerce la boca.*) una mirada triste... (*Ha ido oscureciendo.*)

(*Oscuro total.*)

## CUADRO SEGUNDO

*Vuelve la luz poco a poco. Es por la mañana. LUIS está acostado, JAVIER, sentado junto a él. PEDRO barre el suelo. ANDRÉS se está afeitando frente a un espejito, junto a la ventana.*

JAVIER.— No te preocupes, muchacho. Eso no será nada. Seguramente un poco de frío que has cogido... Te ha bajado la fiebre..., es buena señal.

PEDRO.— (*Barriendo.*) Déjalo ahora. A ver si se duerme.

JAVIER.— (*Se levanta.*) ¿Has oído cómo deliraba esta noche?

PEDRO.— Sí. Pobre chico... Seguro que ha tenido cuarenta de fiebre... Qué cosas decía... (*Barre.*) Menudo susto me llevé cuando fui a relevarle. Tumbado en el suelo... sin sentido.

ANDRÉS.— (*Que está acabando de afeitarse.*) Ese hombre es un bruto. ¿Por qué le obligó a hacer la guardia si estaba malo? Y vosotros, ¿por qué le dejásteis ir?

PEDRO.— Y tú, ¿por qué te viniste, viendo que no podía tenerse en pie? Habértelo traído.

ANDRÉS.— Y dejar el puesto de guardia solo. Ese hombre hubiera sido capaz de matarme. Está loco. No conoce otra norma de conducta que las ordenanzas militares. Vete tú a hablarle de compasión y de amor al prójimo.

JAVIER.— (*Que habla débilmente.*) Tiene razón, Andrés. Toda su moral está escrita en los capítulos de las ordenanzas del ejército. Y si sólo fuera eso...; pero además es agresivo, hiriente. Anoche trató de burlarse de mí, contando lo que a nadie le importa. ¿Qué tiene él que decir de nosotros? ¿No os disteis cuenta? Parecía que nos amenazaba con contar lo

que sabe de cada uno. Yo creo que a nadie le importa la vida de los demás.  
(*El enfermo dice algo que no llega a oírse.*)

PEDRO.— (*Se acerca.*) ¿Qué dices?

LUIS.— (*Hace un esfuerzo.*) A mí no me importa decir por qué me trajeron a esta escuadra. Me negué a formar en un piquete de ejecución. Eso es todo. Yo no sirvo para matar a sangre fría. Lo llaman «insubordinación» o no sé qué. Me da igual. Volvería a negarme...

PEDRO.— Bien, cállate. No te conviene hablar ahora. Te subiría la fiebre. Lo que tienes que hacer es descansar.

LUIS.— Yo... he querido decir...

PEDRO.— Te hemos entendido. Calla (*JAVIER se ha levantado y está en pie, un poco apartado. Enciende un pitillo. Fuma. En pie. Inmóvil.*)

ANDRÉS.— (*Habla guardando los cacharros de afeitarse. Queda sentado en su petate.*) Mirándolo bien, es horrible lo que nos ha ocurrido a nosotros, por una cosa o por otra.

JAVIER.— Sí.

ANDRÉS.— Esto es una ratonera. No hay salida. No tenemos salvación.

JAVIER.— Ésa es (*Con una mueca.*) la verdad. Somos una escuadra de condenados a muerte.

ANDRÉS.— No, es algo peor..., de condenados a esperar la muerte. A los condenados a muerte los matan. Nosotros... estamos viviendo...

PEDRO.— Os advierto que hay muchas escuadras como ésta a lo largo del frente. No vayáis a creeros que estamos en una situación especial. Lo que nos pasa no tiene ninguna importancia. No hay nada de qué envanecerse. Esto es lo que llaman una «escuadra de seguridad»..., un cabo y cinco hombres como otros. (*ANDRÉS no lo oye.*)

ANDRÉS.— Estamos (*Con un escalofrío.*) a cinco kilómetros de nuestra vanguardia, solos en este bosque. No creo que sea para tomarlo a broma. A mí me parece un castigo terrible. No tenemos otra misión que hacer estallar un campo de minas y morir, para que los buenos chicos de la primera línea se enteren y se dispongan a la defensa. Pero a nosotros, ¿qué nos importará ya esa defensa? Nosotros ya estaremos muertos.

PEDRO.— Ya está bien, ¿no? Pareces un pájaro de mal agüero.

ANDRÉS.— Si es la verdad, Pedro... Es la verdad... ¿Qué quieres que haga? ¿Que me ponga a cantar? Es imposible cerrar los ojos. Yo..., yo tengo miedo... Ten en cuenta que... yo no he entrado en fuego aún... Va a ser

la primera vez... y la última. No me puedo figurar lo que es un combate. Y... ¡es horrible!

PEDRO.— Un combate no es nada. Lo peor ya lo has pasado.

ANDRÉS.— ¿Qué es lo peor?

PEDRO.— El campamento. La instrucción. Seis, siete horas marchando bajo el sol, cuando el sargento no tiene compasión de ti..., ¡jun!, ¡dos!, ¡jun!, ¡dos!..., y tú sólo pides tumbarte boca arriba como una bestia reventada. Pero no hay piedad. Izquierda, derecha, desplegarse, ¡jun!, ¡dos! Paso ligero... ¡jun!, ¡dos!, ¡jun!, ¡dos! Lo peor es eso. Largas marchas sin sentido. Caminos que no van a ninguna parte.

ANDRÉS.— (*Lentamente.*) Para mí lo peor es esta larga espera.

PEDRO.— Cuatro días no es una larga espera, y ya no puedes soportarlo... Figúrate si esto dura días y días... A mí me parece que hay que reservarse, tener ánimo... por ahora... Ya veremos...

ANDRÉS.— (*Nervioso.*) ¿No decían que la ofensiva era inminente? Yo ya me había hecho a la idea de morir, y no me importaba: nos liquidan y se acabó... Pero aquí parece que no hay guerra. El silencio... Sabemos que enfrente, detrás de los árboles, hay miles de soldados armados hasta los dientes y dispuestos a saltar sobre nosotros. ¿Quién sabe si ya nos han localizado y nos están perdonando la vida? Nos tienen bien seguros y se ríen de nosotros. Eso es lo que pasa: ¡cazados en la ratonera! Y queremos escuchar algo... y sólo hay el silencio... Es posible que meses y meses. ¿Quién podrá resistirlo?

JAVIER.— (*Con voz grave.*) Dicen que son feroces y crueles..., pero no sabemos hasta qué punto... Se nos escapa... Y eso que se nos escapa es lo que da más miedo. Sabemos que su mente está dispuesta de otra forma..., y eso nos inquieta, porque no podemos medirlos, reducirlos a objetos, dominarlos en nuestra imaginación... Sabemos que creen fanáticamente en su fuerza y en su verdad... Sabemos que nos creen corrompidos, enfermos, incapaces del más pequeño movimiento de fe y de esperanza. Vienen a extirparnos, a quemar nuestras raíces... Son capaces de todo. Pero ¿de qué son capaces? ¿De qué? Si lo supiéramos, puede que tuviéramos miedo..., pero es que yo no tengo miedo..., es como angustia... No es lo peor morir en un combate... Lo que me aterra ahora es sobrevivir..., caer prisionero..., porque no puedo imaginarme cómo me matarían...

ANDRÉS.— Sí, es verdad. Comprendo lo que quieres decir. Si tuviéramos enfrente soldados franceses... o alemanes..., todo sería muy distinto. Los

conocemos. Hemos visto sus películas. Hemos leído sus libros. Sabemos un poco de su idioma. Es distinto.

JAVIER.— Es terrible esta gente..., este país<sup>9</sup>. Estamos muy lejos...

PEDRO.— Lejos, ¿de qué?

JAVIER.— No sé... Lejos... *(Un silencio. PEDRO, que ha mirado su reloj, se está poniendo el capote y el correaje. Coge el fusil.)*

PEDRO.— Hasta luego.

ANDRÉS.— Hasta luego. *(Sale PEDRO. Un silencio.)* ¿Qué hará el cabo?

JAVIER.— Un largo paseo por el bosque... Vigilancia... O estará inspeccionando el campo de minas. No puede estarse quieto. *(ANDRÉS saca cigarrillos. Ofrece a JAVIER. Fuman.)*

ANDRÉS.— *(Después de un silencio.)* Cuando anoche el CABO habló de nosotros, me di cuenta de que estabas muy pálido. *(JAVIER no se mueve.)* A mí tampoco me hizo mucha gracia. Es que... a nadie le importa, ¿verdad?, lo que uno ha hecho.

JAVIER.— No. A nadie le importa.

ANDRÉS.— Yo prefiero no meterme en la vida de los demás y que nadie se meta en la mía.

JAVIER.— Yo también.

ANDRÉS.— A un amigo se le puede contar todo, hasta un secreto, pero tiene que ser eso, un amigo.

JAVIER.— Claro.

ANDRÉS.— En la guerra, a mí me parece que es muy difícil hacer amigos. Nos volvemos demasiado egoístas, ¿verdad? Sólo pensamos en nosotros mismos, en salvar el pellejo, aunque sea a costa de los demás. Me refiero a la gente normal, quitando a los héroes.

JAVIER.— *(Sonríe.)* Eso debíamos hacer, quitar a los héroes, y no habría guerras. *(ANDRÉS ríe.)*

ANDRÉS.— Los otros dicen que tú eres antipático y que te crees superior, pero yo no estoy de acuerdo. ¿Es cierto que has sido profesor de la Universidad?

JAVIER.— Sí.

ANDRÉS.— Profesor, ¿de qué?

JAVIER.— De Metafísica. *(ANDRÉS ríe.)* ¿De qué te ríes?

<sup>9</sup> De los topónimos de la 1ª edición y de esta frase se induce que la acción se sitúa, al menos en la primera versión, en territorio soviético.

ANDRÉS.— De eso. Me hace gracia. Profesor de Metafísica. Y ahora eres una porquería como yo, que no pasé del segundo curso. El hoyo común... para todos.

JAVIER.— Sí, tiene mucha gracia.

ANDRÉS.— No me gustaba estudiar, es decir, creo que me emborrachaba demasiado. Llegué a tener delirios. Yo no servía para estar en las aulas, ni para contestar seriamente a las estúpidas preguntas de los profesores. Hasta que mis padres se cansaron y entonces me fui de casa. Tenía veintiséis años y todavía iba por el segundo curso. (*Ríe.*)

JAVIER.— ¿Te fuiste de casa? ¿Y adónde?

ANDRÉS.— (*Ríe.*) Fundé un hogar. Quiero decir que me junté con una chica. Yo no era capaz de ganar ni para comer, pero, naturalmente, seguía emborrachándome con los amigos. Riñas de madrugada, palos de los serenos, comisarías..., caídas, sangre..., lo normal... Me separé de mi mujer..., y me quedé solo... Pude, por fin, beber sin dar cuentas a nadie..., sin que nadie sufriera por mí... (*Parece que se le han humedecido los ojos.*) Una historia vulgar, como ves. Lo único que me consuela es pensar que el trabajo que no hice no hubiera servido de nada... Me hace gracia verte aquí, en esta horrible casa, con tu brillante carrera universitaria, siempre de codos sobre los libros, ¿no?, ¡y oposiciones! Una ejemplar historia que termina como la del golfo, la del borracho incorregible..., incapaz de ganar su vida honesta y sencillamente. ¿Eh? Me parece que no ha merecido la pena, amigo.

JAVIER.— Puede..., puede que no haya merecido la pena. Yo estudiaba porque tenía que sostener a mi madre y los estudios de mi hermano. Quería ver despejado el porvenir. Quería ganar dinero «honesto y sencillamente», como tú dices. Se habían sacrificado por mí y yo tenía la obligación de no defraudar a mi padre..., ni el cariño y la confianza de mi madre.

ANDRÉS.— ¿Qué era tu padre?

JAVIER.— Empleado de un banco. Soñaba para mí un porvenir digno y brillante. El pobre no llegó a verlo. Murió antes de que yo cobrara mi primer sueldo en la Universidad.

ANDRÉS.— Pero ¿tú no veías que estabas trabajando para nada? ¿No te dabas cuenta de que «esto» tenía que llegar? Si se mascaba en el ambiente esta guerra..., la tercera gran guerra del siglo veinte..., puede que la última guerra. Tantos libros, y no te dabas cuenta de lo más importante.

JAVIER.— No. No me daba cuenta. Yo estaba en la biblioteca. Allí no había tiempo. Las alarmas de los periódicos me parecían eso, periodismo. En el

fondo, estaba convencido de que el mundo estaba sólidamente organizado, de que no iba a ocurrir nada y de que había que luchar por la vida.

ANDRÉS.— Yo no tenía esa impresión de solidez. A mí me parecía que vivíamos en un mundo que podía desvanecerse a cada instante. Me daba cuenta de que estábamos en un barco que se iba a pique. No merecía la pena trabajar, y a mí me venía muy bien.

JAVIER.— ¿Te dabas cuenta de todo, Andrés?

ANDRÉS.— Por lo menos eso digo ahora. Me parece que, pensándolo, quedo justificado. A estas alturas uno siente la necesidad de justificarse. *(Se abre la puerta. Entra ADOLFO. Viene renegando. Se quita el capote.)* ¿Qué te pasa?

ADOLFO.— Estoy harto.

ANDRÉS.— Alguna amable indicación del cabo, ¿no?

ADOLFO.— Me ha doblado la imaginaria de esta noche.

ANDRÉS.— ¿Por qué?

ADOLFO.— Dice que me ha visto sentado en el puesto de guardia.

ANDRÉS.— ¿Y no es verdad?

ADOLFO.— Sí, ¿y qué? *(Se sienta.)* Además, es asqueroso... Nos espía... Vigila hasta nuestros más pequeños movimientos. Así no se puede vivir. Estoy harto. Ahora, mientras se alejaba, me han dado ganas de pegarle un tiro.

ANDRÉS.— No creo que sea para tanto.

ADOLFO.— Sí; pegarle un tiro..., acabar con él... Nos quedaríamos en paz. El poco tiempo que nos quede de vida podríamos pasarlo tranquilamente... Nadie se iba a enterar nunca... Y aunque llegaran a enterarse, a nosotros ya no nos importaba.

ANDRÉS.— Pero ¿qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco?

ADOLFO.— No. No estoy loco. Lo he pensado de verdad. A mí no me importa... He hecho cosas peores... Quiero vivir en paz, hacer lo que me dé la gana... Es... *(Ríe desagradablemente.)* mi última voluntad. *(Al ver la cara de los otros vuelve a reír. En este momento entra el CABO. Hay en ellos un movimiento de inquietud. Rehúyen la mirada del CABO.)*

CABO.— ¿Qué os pasa? ¿De qué estábais hablando?

ANDRÉS.— *(Después de una pausa.)* Adolfo nos ha contado una historia divertida..., pero a mí no me ha hecho mucha gracia. ¿Y a ti, Javier?

JAVIER.— *(Mirando a ADOLFO.)* No. A mí tampoco.

*(Oscuro.)*

## CUADRO TERCERO

*Sobre el oscuro, JAVIER enciende una cerilla y con ella una vela. Está inquieto. Se sienta en su petate. Se ve confusamente, durmiendo, al CABO, a LUIS, a ADOLFO y a ANDRÉS. JAVIER saca un cuadernito, lo pone sobre las piernas y escribe con un lápiz.*

JAVIER.— «Yo, Javier Gadda, soldado de infantería, pido a quien encuentre mi cadáver haga llegar a mi madre, cuyo nombre y dirección escribo al pie de esta declaración, las circunstancias que sepa de mi muerte, dulcificándolas a ser posible en tal medida que, sin faltarse a la verdad, sea la noticia lo menos dura para ella; así como el lugar en que mis restos reposen. Han pasado ya quince días desde que ocupamos este puesto. La situación se está haciendo, de momento en momento, insoportable. La ofensiva no se produce y los nervios están a punto de saltar. Solamente el cabo permanece inalterable. Mantiene el horario de guardias y la disciplina. Nos levantamos a las seis de la mañana, no sé para qué. Seguimos un horario rígido de comidas y de servicio. Nos obliga a limpiar los equipos y la casa. Tenemos que afeitarnos diariamente y sacarles brillo a las armas y a las botas. Todo esto es estúpido en cualquier caso, y más en el nuestro. Estos días me he dado cuenta de la verdad. Parece que estamos quietos, encerrados en una casa; pero, en realidad, marchamos, andamos día tras día. Somos una escuadra hacia la muerte. Marchamos disciplinadamente obedeciendo a la voz de un loco, el cabo Goban.» *(Se remueve ANDRÉS. Enciende una cerilla y mira la hora en*

*su reloj. JAVIER deja de escribir. ANDRÉS bosteza. Se levanta penosamente, renegando. Ve a JAVIER.)*

ANDRÉS.— ¿Qué haces ahí?

JAVIER.— Me he desvelado. Estoy escribiendo una carta.

ANDRÉS.— ¿Una carta? ¿Para qué? Aquí no hay correo. *(Acaba de ponerse el capote. Coge el fusil.)* La deliciosa hora del relevo... *(Sale tambaleándose. JAVIER se pasa la mano por la frente. Vuelve a escribir.)*

JAVIER.— «El que encuentre este cuaderno sepa que he sido un cobarde. Ésta es una historia que no me atrevo a contar a los otros. Cuando me llamaron a filas, traté de emboscarme. Desde entonces tengo ficha de desertor en el ejército. Luego he sabido ilustrar esta ficha con varios actos vergonzosos. En la instrucción no me atrevía a lanzar las bombas de mano. Luego, en acciones de guerra, he palidecido y he llorado cuando tenía que saltar de la trinchera. Pero lo que no puedo olvidar es que un día, en una retirada, cuando hirieron a mi compañero y cayó a mi lado, oí que me decía: «Vete, vete, déjame...». ¡Como si yo hubiera pensado en quedarme...! ¡No! Yo no había pensado en detenerme a su lado, en decirle: ¿Quieres algo para tu madre? ¿Qué digo a tu novia? ¡Yo huía, huía como un loco, frenético..., y apenas volví un momento la cabeza para ver a mi compañero caído de bruces, herido de muerte!» *(Alguien se remueve. JAVIER Levanta la cabeza. Es el CABO.)*

CABO.— *(Entre sueños, agitadísimo.)* ¡Ha sido un accidente! ¡Ha sido un accidente! ¡Yo no he querido hacerlo! ¡Ha sido un accidente! *(Gime y da vueltas.)*

JAVIER.— *(Vuelve a escribir.)* «El demonio del cabo también tiene algo que olvidar. En realidad, todos estamos aquí con una culpa en el corazón y un remordimiento en la conciencia. Puede que éste sea el castigo que nos merezcamos y que, en el momento de morir, seamos una escuadra de hombres purificados y dignos.»

LUIS.— *(Desde su colchoneta.)* ¡Javier! ¡Javier!

JAVIER.— *(Levanta la vista del cuaderno.)* ¿Qué hay?

LUIS.— *(Se queja.)* Me encuentro muy mal.

JAVIER.— ¿Quieres algo?

LUIS.— No...

JAVIER.— Pues trata de dormir.

LUIS.— Es que... no puedo... *(Da una vuelta y queda inmóvil. JAVIER vuelve a fijar la vista en el cuaderno.)*

JAVIER.— «A la hora del resumen me extraña el infame egoísmo que me hizo pensar en sobrevivir cuando estalló la guerra. Si esta lucha es, como creo, un conflicto infame, yo también lo he sido tratando de evadirme, aferrándome grotescamente a la vida, como si yo fuera el único digno de vivir, mientras los demás están dando su sangre, dando generosa y resignadamente su sangre, limitándose a morir, sin pedir explicaciones, con generosidad y desinterés. Ésta es mi culpa. Éste es mi castigo. Ahora sólo deseo que haya una lucha, que yo me extinga en ella y que mi espíritu se salve. *(Deja de escribir un momento. Por fin.)* En el momento en que voy a firmar esta declaración, pienso en mi madre. Sé que ella estará despierta y llorando... De eso sí que nadie puede consolarme en el mundo... Nadie puede enjugar de mis ojos... el llanto de mi madre...» *(Se abre la puerta. Aparece PEDRO. Viene de la guardia.)*

PEDRO.— ¡El maldito Andrés! Creí que no llegaba. Me estaba helando de frío. *(Se sienta y se frota las manos.)* ¿Qué haces? *(JAVIER cierra el cuaderno.)*

JAVIER.— *(Con voz insegura.)* Estaba... escribiendo una carta.

*(Oscuro.)*



## CUADRO CUARTO

*Empieza a amanecer. El CABO está en pie. PEDRO, ANDRÉS y ADOLFO se levantan de dormir. LUIS se remueve. JAVIER no está.*

CABO.— *(Sacude a LUIS.)* ¡Arriba! ¡Ya está bien de enfermedad!

ADOLFO.— *(Calzándose las botas.)* Tiene razón el cabo. Ayer ya no tenía fiebre.

PEDRO.— *(Bosteza.)* Anímate, muchacho. Es mejor para ir haciendo fuerzas.

ADOLFO.— *(Echando agua en una palangana.)* ¿Cuántas horas de guardia nos debes, Luis? Podías haberte guardado la enfermedad para otra ocasión. ¡Nos has fastidiado! Tengo un sueño espantoso. *(LUIS se está levantando en silencio. El CABO, mientras se lava, canturrea.)* Maldita sea. Esto es lo que peor aguanto. Levantarme a estas horas..., y con este frío..., y con este fondo musical... *(El CABO no lo oye. LUIS se ha calzado, trabajosamente, las botas y se pone en pie. Vacila.)*

PEDRO.— ¿Qué tal?

LUIS.— Parece que... bien... *(Echa a andar con ligeras vacilaciones. Llega hasta el CABO. Se pone en firmes.)* A sus órdenes, cabo.

CABO.— *(Le mira de arriba abajo.)* Eso está mejor. Lávate y te incorporas al servicio. Rige el horario anterior a tu enfermedad. *(PEDRO está echando leña en la chimenea y ADOLFO prepara el café.)*

PEDRO.— ¡Uf! Vaya día. Me parece que para Navidad tendremos nieve.

ANDRÉS.— *(Que se ha levantado en silencio, malhumorado, y en este momento se chapuza la cara.)* Hace mucho frío por las mañanas. Este frío me hace mucho mal. Luego voy entrando en reacción, pero a estas

horas... me parece que estoy enfermo. (PEDRO *ríe.*) No es cosa de risa. (PEDRO *vuelve a reír.*)

PEDRO.— (*Enciende una cerilla y la aplica a la chimenea.*) Es cierto que hoy hace más frío. Adolfo, trae el café. Las galletas... (ADOLFO y PEDRO *se han sentado junto a la chimenea.* LUIS *se acerca a ellos.*)

LUIS.— Me encuentro muy bien. Un poco débil, pero bien.

PEDRO.— Siéntate aquí. (ANDRÉS *tira la toalla al suelo y la pisotea.*) ¿Qué le pasa a ése?

ADOLFO.— Se habrá vuelto loco. (ANDRÉS *se ha ido hacia el CABO.*)

ANDRÉS.— Cabo.

CABO.— ¿Qué hay?

ANDRÉS.— Cabo, tengo que decirle que esto me parece insoportable. No hay razón para obligarnos a... (*Miradas de inquietud en los otros.*) He pensado decírselo varias veces. No estoy de acuerdo con este absurdo horario. Es ganas de martirizarnos. Yo no estoy dispuesto a plegarme a sus caprichos. ¿Lo entiende? Estoy harto de...

CABO.— (*Fríamente.*) Bueno. Cállate ya.

ANDRÉS.— No. No voy a callarme. He empezado a hablar y hablaré. Yo tengo frío a estas horas. Frío y sueño. ¿Por qué? Porque a un tipo con un miserable galón se le ocurre que tenemos que levantarnos a las seis de la madrugada. Estoy seguro de que los demás piensan lo mismo. ¿Verdad, muchachos? No hay razón para que nos haga... (*El CABO lo coge del cuello de la guerrera.*)

CABO.— (*Entre dientes.*) ¡Cállate, imbécil! ¡Cállate!

ANDRÉS.— ¡Suélteme! ¡Estoy harto de su condenada...! (*El CABO le da un puñetazo en el estómago. ANDRÉS gime y se dobla. Al inclinarse recibe otro en la cara y cae al suelo. El CABO le pega una patada en el pecho. ANDRÉS queda inmóvil. El CABO se inclina, lo incorpora y vuelve a rechazarlo contra el suelo.*)

PEDRO.— (*Que se ha levantado. Sombrío.*) Cabo. Ya está bien. (*El CABO mira a PEDRO, que le sostiene la mirada. Los otros se han levantado también.*)

CABO.— (*A ADOLFO.*) Dame el café. (ADOLFO *echa lentamente café en un cacharro y se lo alarga al CABO. Éste lo bebe. Coge el fusil y sale. Pausa.*)

ADOLFO.— Ya lo veis... que es una bestia.

PEDRO.— *(Que atiende a ANDRÉS.)* Luis, trae agua. *(Luis se la lleva. Pedro se la echa a ANDRÉS por la cara. Este parece reanimarse. Se queja.)*  
Le ha dado bien. Si no le ha roto una costilla será un milagro.

ANDRÉS.— *(Quejándose del lado derecho.)* Me ha dado un golpe de muerte... No habéis sido capaces de... impedir...

PEDRO.— Trata de levantarte. *(ANDRÉS se levanta, ayudado. Anda, encogido, hacia su colchoneta. Una mano crispada sobre el costado. Se sienta.)*

ANDRÉS.— Ése... me las paga... Esta vez... No me va a ser preciso estar borracho para... cargarme a un hombre. La otra vez estaba borracho.

PEDRO.— ¿La otra vez? ¿Cuándo?

ANDRÉS.— Estoy aquí por haber matado a un sargento, ¿no lo sabíais? Si me cargo a este tipo, no será la primera vez que me mancho las manos de sangre.

ADOLFO.— ¿Dónde fue?

ANDRÉS.— ¿Qué?

ADOLFO.— La muerte del sargento.

ANDRÉS.— En el campo de instrucción. Me emborraché en la cantina y volví a la compañía después de silencio. El idiota del sargento me provocó y le metí una puñalada sin sentirlo. Yo no tuve la culpa. No supe lo que hacía. Esta vez sí voy a saberlo. Yo no me meto con nadie, pero sé defenderme. Puede que me ponga nervioso, pero lo mato. Me ha coceado como una mula. *(Se lleva la mano a la boca y la retira aprensivamente. La mira pálido.)*

LUIS.— ¿Qué tienes?

ANDRÉS.— *(Con la voz estrangulada.)* Es sangre.

PEDRO.— *(Después de un penoso silencio.)* Es..., es posible que no sea nada. No hay que preocuparse. Puede ser un derrame sin importancia. Lo más seguro...

LUIS.— Sí, chico, no te preocupes. La sangre es muy escandalosa. A veces es mejor echar sangre. Si el mal se te queda dentro es peor. *(ANDRÉS se ha tumbado boca arriba.)*

ANDRÉS.— *(Débilmente.)* Dejadme. No me habléis de eso. Es preferible... no hablar... *(Tratando de aparecer sereno.)* No es nada. Y después de todo, ¿qué más da? Si vamos a morir, me da igual llegar echando sangre por la boca. *(Intenta reír.)* Me acuerdo ahora, no sé por qué, de otros

tiempos. Nunca me gustó meterme en líos. Yo he sido siempre de los que se van cuando el ambiente está un poco cargado. Me ha gustado el buen plan. ¿Y qué me ha ocurrido? *(Ríe.)* Pues que siempre me he visto en los peores líos..., me han dado navajazos..., he matado a un sargento..., y estoy aquí... Es curioso, ¿verdad? Es... *(Tose.)* muy *(Tose.)* curioso. *(Sigue tosiendo mucho y se hace el oscuro.)*

## CUADRO QUINTO

*Un proyector ilumina la figura de JAVIER, en la guardia. Capote con cuello subido y fusil entre las manos enguantadas. Sus labios se entreabren y su voz suena monótona.*

JAVIER.— No se ve nada..., sombras... De un momento a otro parece que el bosque puede animarse..., soldados..., disparos de fusiles y gritaría..., muertos, seis muertos desfigurados, cosidos a bayonetazos..., es horrible... No, no es nada... Es la sombra del árbol que se mueve... Estas gafas ya no me sirven..., nunca podré hacerme otras... Esto se ha terminado. ¿Son pasos? Será Adolfo, que viene al relevo. Ya era hora. (*Grita.*) ¿Quién vive? (*Nadie contesta. El eco en el bosque.*) ¿Quién vive? (*El eco. JAVIER monta el fusil y mira, nervioso.*) No es nadie... No viene Adolfo. ¿Qué pasará? ¿Le habrá pasado algo? Puede que los hayan sorprendido en la casa. Yo no he oído nada, pero puede... Es posible que a estas horas esté yo solo, rodeado... Tengo miedo... Hay que pensar en otra cosa. Hay que pensar en otra cosa. Hay que pensar en otra cosa. Es Navidad. Sí, ha llegado el tiempo..., diciembre... Mamá estará sola. Mañana es la víspera de Navidad. Si me pongo a pensar en esto, voy a llorar... No importa... Necesito llorar... Me hará bien... Me he aguantado mucho... Llorar... Estoy llorando... Hace mucho frío... Mamá me ponía una bufanda, me decía que cerrara la boca al salir... «No vayas a coger frío.» Si supiera que estoy muerto de frío... Este puesto de guardia... El viento se le mete a uno hasta los huesos... ¿Por qué no viene Adolfo? ¿Por qué no viene? Han pasado dos horas y más. ¡Un, dos!

¡Un, dos! Una escuadra hacia la muerte. ¡Un, dos! ¡Un, dos! Lo éramos antes de estallar la guerra. Una generación estúpidamente condenada al matadero. Estudiábamos, nos afanábamos por las cosas, y ya estábamos encuadrados en una gigantesca escuadra hacia la muerte. Generaciones condenadas. Hace frío... esto no puede durar mucho... Estamos ya muertos... No contamos para nadie... ¡Un, dos! Nos despeñaremos perfectamente formados, uno a uno. Yo no quiero caer prisionero. ¡No! ¡Prisionero! ¡Morir! ¡Yo prefiero... *(Con un sollozo sordo.)* morir! ¡Madre! ¡Madre! ¡Estoy aquí..., lejos! ¿No me oyes? ¡Madre! ¡Tengo miedo! ¡Estoy solo! ¡Estoy en un bosque, muy lejos! ¡Somos seis, madre! ¡Estamos... solos..., solos..., solos...! *(La voz, estrangulada, se pierde y resuena en el bosque. JAVIER no se ha movido desde la frase «No es nadie».)*

*(Oscuro.)*

## CUADRO SEXTO

*Se oye –sobre el oscuro– una canción de Navidad cantada con la boca cerrada por varios hombres. Se enciende la luz. Lámparas de petróleo. Hay en el centro de la escena un árbol de Navidad. A su alrededor, ANDRÉS, PEDRO, ADOLFO y JAVIER. Están inmóviles murmurando la canción. Cuando terminan, JAVIER se va a su colchoneta, se sienta en ella y hunde la cabeza entre las manos.*

ADOLFO.– ¿Qué le pasa a ése?

PEDRO.– No sé. Verdaderamente..., esta noche... *(Se retira él también.)* Le da a uno por pensar más que de costumbre. A mí siempre me ha pasado. Me pone triste la Nochebuena. Me trae siempre recuerdos y... *(Acaba la frase ininteligiblemente.)*

ANDRÉS.– Piensas en la familia, ¿no?

PEDRO.– Pienso... *(Hace una mueca dolorosa.)* Estaba pensando en mi mujer.

ANDRÉS.– ¿Dónde está tu mujer?

PEDRO<sup>10</sup>.– Ni siquiera sé si vive... Yo trabajaba en Berlín últimamente. Me pagaban bien. Cuando empezó la guerra, Berlín se convirtió en un infierno. Entraron en nuestra zona y hubo... algunos horrores. Yo estaba en Bélgica probando unas máquinas que nuestra fábrica iba a comprar...

<sup>10</sup> En la 1.<sup>a</sup> edición: «PEDRO.– En casa, en Berlín. Yo trabajaba allí últimamente. Soy tornero ajustador. Me pagaban bien. Cuando empezó la guerra esos salvajes entraron en nuestra zona», etcétera.

Cuando pude volver me enteré de lo que había pasado... Encontré que mi mujer... había sido violentamente... (*Oculto la cara entre las manos.*) Entré en la guerra para matar. No me importaba nada una idea ni otra... Matar...

ADOLFO.— ¿Qué hiciste con aquellos prisioneros?

PEDRO.— No lo sé... Aullaban... Yo me reía como un loco... Se me representaba la cara de mi mujer, llena de espanto..., forzada..., y la emprendía con otro. Había más de cien prisioneros para mí en aquel barracón... Me calmó mucho... Ahora estoy mejor... Mucho mejor... (*Un silencio.*)

ANDRÉS.— Señores, esta noche voy a emborracharme. Es Navidad.

PEDRO.— (*Levanta la cabeza.*) ¿Qué vas a hacer?

ANDRÉS.— Tomarme una copa.

PEDRO.— Tienes razón. Podemos pedir permiso al cabo y celebrar la Nochebuena. Va a ser lo mejor.

ADOLFO.— ¡Pedirle permiso! ¿Para qué? No nos lo iba a dar.

PEDRO.— Es posible que si se le dice...

ADOLFO.— ¡Qué va...! «El alcohol es enemigo de la disciplina» y todo eso. Andrés, si quieres tomarte una copa, tómatela. Yo te acompaño. El que tenga miedo, que se dedique a la contemplación. Vamos.

PEDRO.— Un momento. Estoy dispuesto a tomarme una copa, pero antes hay que pensar qué vamos a decirle al cabo.

ANDRÉS.— Al cabo se le dice... (*Se ha echado en su vaso y lo bebe.*) que teníamos sed. Toma. (*ADOLFO alarga el vaso, recibe una buena ración y bebe largamente.*) Está bueno, ¿eh?

ADOLFO.— Está buenísimo.

PEDRO.— Bien... Si os acompaño es por no dejaros solos frente al cabo. Que conste. Trae.

ANDRÉS.— Aquí tienes. (*Llenan los tres vasos.*) ¡Eh, tú, Javier!, ¿quieres brindar con nosotros?

JAVIER.— (*Se encoge de hombros.*) Bueno... (*Se levanta y se acerca. Le echan coñac.*)

ANDRÉS.— Creo que debemos dar a esta celebración un carácter religioso. Dios nos libre de todo mal, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

TODOS.— Amén.

ANDRÉS.— Venga..., a beber... (*Beben, menos PEDRO, que no se decide.*)

Vamos, Pedro. ¿Es que no nos merecemos esta pequeña diversión?

PEDRO.— ¡Está bien! ¡Sea lo que Dios quiera! (*Beben. ANDRÉS vuelve a echarles coñac y ahora beben en silencio. ADOLFO, de pronto, se echa a reír. Ríe prolongadamente y contagia la risa a los demás. Se encuentran, de pronto, riendo, por primera vez. Parece como si se vieran de un modo distinto, como si todo lo anterior hubiera sido un mal sueño. Se calman.*) Pero ¿de qué te reías?

ADOLFO.— De nada... Es que de pronto me he dado cuenta... ¡de que no se está mal del todo aquí! De modo que... échanos otro trago. (*Beben.*)

ANDRÉS.— (*Por ADOLFO.*) Es un buen camarada, ¿eh? (*Los otros asienten.*) Un compañero... como hay que ser...

PEDRO.— (*Que de pronto se ha quedado taciturno.*) A mí no me parece un buen camarada. (*Durante el siguiente diálogo continúa el juego de la bebida.*)

ANDRÉS.— ¿Por qué?

ADOLFO.— Tiene razón éste. ¡Yo qué voy a ser un buen camarada!

PEDRO.— (*A ADOLFO.*) No debiste contármelo el otro día. Tú me eras simpático... antes.

ADOLFO.— Muchachos, Pedro se refiere a mi «turbio pasado». Si es que queréis saberlo, yo...

ANDRÉS.— (*Le interrumpe.*) Tu turbio pasado me importa un bledo. Déjanos en paz.

ADOLFO.— No soy un buen compañero... ni me importa... Dejé a la unidad sin pan y me quedé tan tranquilo. Le di salida a la harina... (*Ríe.*)

PEDRO.— Vendió el pan de sus camaradas.

ADOLFO.— No, no..., un momento... El jefe del negocio era un brigada... Yo actué de intermediario, de ayudante... El brigada tenía poca práctica y tuve que explicarle... Fue una pena... Hubo defectos de organización. Cuando vi que la cosa se ponía mal lo denuncié. A él lo fusilaron y a mí me trajeron aquí. Bueno, y ahora... dadme de beber...

PEDRO.— Toma. Emborráchate. Eres de la raza de los que especulan con el hambre del pueblo, miserable. (*Está bebido.*)

ADOLFO.— (*Bebe.*) No... No me trates así...

PEDRO.— Puerco...

ANDRÉS.— Deja al muchacho, hombre. Déjalo.

PEDRO.— ¿A qué te dedicabas antes de estallar la guerra? ¡Negocios!, dices tú ¿A qué llamas negocios? Tú eres uno de los responsables de que estemos aquí, tú... con tus negocios. Eres capaz de todo... Los soldados sin pan, pero... a ti qué te importa. ¡Que revienten! ¿No es eso? ¡Que revienten! Nosotros, todos, somos hombres dignos, incluso el cabo..., pero tú..., tú eres un miserable. (*Trata de pegarle. JAVIER y ANDRÉS lo sujetan.*)

ANDRÉS.— Basta ya... Estamos celebrando la Nochebuena... Estás metiendo la pata, Pedro... Lo estás estropeando todo...

PEDRO.— Bueno..., pues perdonadme... No había sido mi intención molestaros... Me he enfadado de pronto..., no sé por qué... (*Trata de andar y se tambalea.*) ¡Estoy borracho! No he bebido casi y ya estoy... borracho. Adolfo, ¿me perdonas? He sido un bruto. Lo retiro todo. ¿Qué quieres que haga... para que me perdones?

ADOLFO.— Nada... Si tienes razón tú... (*Se abrazan.*)

ANDRÉS.— Bravo. Esto ya es otra cosa. Javier, ¿qué te ocurre a ti?

JAVIER.— Nada. (*Ríe.*) Estoy bien.

ANDRÉS.— Tienes los ojos húmedos.

JAVIER.— No es nada. (*Ríe.*)

ANDRÉS.— Sólo nos faltan... Escuchadme...<sup>11</sup> Sólo faltan las chicas. (*Se produce un silencio. Quedan inmóviles. ANDRÉS trata de continuar.*) Cuatro..., cuatro chicas, ¿verdad? (*Nadie dice nada.*) No están. (*Un silencio.*) Estamos solos.

PEDRO.— Déjalo, ¿quieres? Déjalo...

ANDRÉS.— (*Se sienta.*) Es... una hermosa noche, ¿verdad? (*Nadie responde. ADOLFO se levanta.*)

ADOLFO.— Bueno... Vamos a hacer... el último brindis. (*Pero queda clavado a mitad del camino. Se ha abierto la puerta y ha aparecido el CABO, con el fusil en bandolera. De una mirada abarca la escena y avanza al centro, sombrío. Hay un ligero movimiento de retroceso en todos.*)

CABO.— ¿Qué pasa aquí?

PEDRO.— (*Avanza un paso, vacilante. Habla con seguridad.*) Nada.

<sup>11</sup> En la 1.ª edición: «Sólo nos faltan..., escuchadme... sólo nos faltan cuatro alegres muchachas, con nosotros. Para ti, Javier, si te parece, una rubia alta, con los ojos verdes. (*Todos han quedado silenciosos y escuchan.*) Tu chica, Adolfo, más bien pequeña, pero guapa... Una morena... «Soy morena, pero hermosa...» ¿Estamos de acuerdo? Para ti, Pedro, para ti... PEDRO.— Déjalo», etc.

CABO.— Adolfo, acércate. (*Se está quitando el fusil de la bandolera.*)

ADOLFO.— (*Se acerca. Está lívido.*) A sus órdenes.

CABO.— Estáis borrachos.

ADOLFO.— Crea que... no...

CABO.— No puedes ni hablar. Mujerzuelas..., indignos de vestir el uniforme.

Os merecéis que os escupan en la cara... También os gustaría.

PEDRO.— Cabo, habíamos pensado celebrar...

ANDRÉS.— Sí, eso... Felices Pascuas, cabo. No se enfade hoy. Es día de perdón y de... alegría... Paz en la tierra... y gloria a Dios en las alturas...

Todo eso... Celebramos la Nochebuena. «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros...», etc.

ADOLFO.— (*Sonriendo cínicamente.*) Es una noche que la Religión manda celebrar, cabo.

ANDRÉS.— Le perdono su patada del otro día si hoy nos alegramos. ¿Eh? De acuerdo. (*Va hacia el barrilito.*)

CABO.— Estate quieto, Andrés. No te acerques al barril. (*La voz ha sonado amenazadora. ANDRÉS se detiene.*)

ANDRÉS.— Le suplico si quiere... Le suplico...

CABO.— Basta. Fuera de ahí.

ADOLFO.— No hay nada que suplicar, Andrés. Esto se ha terminado. ¿Queréis beber?

ANDRÉS.— Yo sí.

PEDRO.— Sí, desde luego.

JAVIER.— (*Apoya la actitud de los otros.*) Sí.

(ADOLFO se acerca al barrilito.)

CABO.— Adolfo, lárgate. Te la estás jugando. (*Se aproxima a ADOLFO. El*

CABO *tiene el fusil empuñado por el guardamonte y la garganta.*

ADOLFO *echa coñac. El CABO le pega un culatazo en la clavícula y lo arroja al suelo. A los otros, amenazador:*) Desde ahora va de verdad.

Tú, levántate. No ha sido nada. (*ADOLFO se levanta penosamente. Empuña el machete. Al tratar de lanzarse sobre el CABO pierde el senti-*

*do y rueda por los suelos. PEDRO, entonces, saca su machete. Inmediatamente, ANDRÉS. JAVIER, al ver a sus compañeros, saca el suyo. El*

*CABO queda acorralado en la pared. Nadie se mueve.*)

PEDRO.— No ha debido usted hacerlo, cabo. No había motivos. Queríamos celebrar la Navidad.

ANDRÉS.— Ha sido un error. (*Avanza un paso. Los otros dos, también.*) Ya no podríamos vivir con usted.

CABO.— (*Gravemente.*) Fuera de la casa. Hay que cortar leña. Pronto. (*A JAVIER.*) Tú, al relevo. Es tu hora. (*JAVIER no se mueve.*)

ANDRÉS.— El relevo tendrá que esperar.

CABO.— Javier, ¿lo estás oyendo? Al puesto de guardia.

ANDRÉS.— No te vayas, Javier. Quédate a la función. El cabo Goban no se da cuenta de que estamos borrachos. Estamos completamente borrachos. (*Ríe imbécilmente. El CABO, sin hacer el menor ademán de nerviosismo, monta el fusil y avanza, de espaldas al público, hacia la puerta. Ellos no se mueven. Al llegar a la altura de ANDRÉS, éste se arroja sobre él y le da un machetazo en la cara. El CABO se lleva la mano al rostro. El fusil rueda por los suelos. El CABO, ciego del machetazo, trata de empuñar con la mano derecha el cuchillo que lleva al cinto. Ya lo tiene. Pero ADOLFO, que se ha incorporado, le da un terrible machetazo en la cabeza. El CABO vacila, pero no cae. PEDRO, JAVIER y ANDRÉS le golpean. El CABO se derrumba poco a poco. Cae de rodillas y después de bruces. Se quedan un momento mirándolo.*)

ANDRÉS.— (*Como con estupor.*) Está muerto.

PEDRO.— (*Se inclina sobre él. Levanta la cabeza. Con un gesto torcido.*) Sí. (*JAVIER mira, con angustia, el machete que todavía tiene en la mano, mientras cae el telón.*)

## PARTE SEGUNDA

### CUADRO SÉPTIMO

*Es por la mañana. La casa está a oscuras. Fuera de la casa, en la explanada, ANDRÉS, PEDRO, LUIS y JAVIER. PEDRO y JAVIER, apoyados en sendos picos, viendo cómo ANDRÉS y LUIS echan tierra con palas sobre el hoyo en que está el cadáver del CABO. ANDRÉS echa la última paletada y se retira hacia la casa. PEDRO y JAVIER le siguen cansinamente.*

LUIS.— Yo no quiero decir nada, pero a mí me parece que..., (PEDRO se para y le escucha.) que un hombre no debe ser enterrado como un perro.

PEDRO.— ¿Qué quieres que hagamos?

LUIS.— Pienso que... una oración...

PEDRO.— Sí, es verdad.

ANDRÉS.— ¿Para qué? Si lo hemos mandado al infierno, ya no hay remedio.

JAVIER.— Sí, una oración. Aunque no sirva para nada. Dila, Luis. Yo no me iba tranquilo dejándolo ahí, sin una palabra. Un hombre es un hombre.

LUIS.— (Se quita el casco.) Te rogamos, Señor, que acojas el alma del cabo Goban, y que encuentre por fin la paz que en la vida no tuvo. No era un mal hombre, Señor, y nosotros tampoco, aunque no hayamos sabido amarnos. Que su alma y las nuestras se salven por tu misericordia y por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo. Apíadate de nosotros. Amén.

TODOS.— (Que han ido descubriéndose.) Amén.

ANDRÉS.— Bueno, ya está. Vamos. (Se van retirando.)

JAVIER.— (A LUIS.) Está bien que hayas dicho todo eso. Consuela un poco... (Va hacia la casa. En este momento están entrando en ella PEDRO y ANDRÉS. Se enciende la débil luz solar en el interior. Allí está ADOLFO, semitumbado.)

ADOLFO.— ¿Ya?

PEDRO.— Sí.

ADOLFO.— Uf..., por fin... Esta noche se me ha hecho una eternidad. No podía dormir con ese hombre tendido ahí, en la explanada, sin darle tierra... Era como si no hubiera acabado de morir.

ANDRÉS.— Cualquiera salía a cavar un hoyo anoche. Vaya viento..., y la lluvia... Una noche que daba respeto... El cadáver ahí, lloviéndole encima... Menos mal que ha amanecido un día tranquilo. (*Entra JAVIER en la casa. Se sienta aislado.*)

ADOLFO.— Un día tranquilo, por fin. Muerto el perro, se acabó la rabia. Es lo que se hace con un perro rabioso, matarlo. Y éste era un mal bicho. Ayer hubiera sido capaz de matarme, de rematarme. (*Escupe.*) Era un mal bicho.

PEDRO.— Cállate. Déjanos en paz.

ADOLFO.— ¿Qué os pasa?

PEDRO.— Nada. (*ANDRÉS bosteza.*)

ANDRÉS.— Yo tampoco he podido dormir. Estoy muy cansado. (*Se tumba. Pausa.*)

JAVIER.— ¿Y qué vamos a hacer ahora?

PEDRO.— No hay nada que hacer. Esperar, como si no hubiera pasado nada.

ANDRÉS.— ¡Como si no hubiera pasado nada! (*Entra LUIS. Se queda en la puerta, como temiendo entrar en la conversación de los otros.*) Después de lo que ha ocurrido, me doy cuenta de que podía haber pasado el tiempo, y la ofensiva sin llegar..., y en febrero es posible que nos hubieran retirado de este puesto... y que nos hubieran perdonado... El castigo cumplido... y a nuestras unidades, a seguir el riesgo común de los otros compañeros... Todo esto lo he pensado, de pronto, ahora que ya no hay remedio. La última salida ha sido cerrada. Si no hay ofensiva, hay consejo de guerra.

ADOLFO.— ¿Consejo de guerra? ¿Por qué? Si hay un poco de suerte y la calma del frente continúa hasta febrero, nadie tiene por qué enterarse de lo que ha pasado aquí. Al enlace se le dice que el cabo murió de un ataque al corazón.

ANDRÉS.— Cuando muere el cabo de una escuadra de castigo, en seguida se piensa que no ha muerto de muerte natural y se investiga. Se interroga hábilmente a los castigados y se busca el cuerpo. Desenterrarían el cadáver y... (*Con un gesto torvo.*) el cráneo roto.

ADOLFO.— Entonces, una caída... O desapareció...

ANDRÉS.— Sí, ¡se esfumó en el aire!

ADOLFO.— Fue de observación y seguramente lo atraparon. Estará prisionero, o quién sabe..., muerto...

PEDRO.— (*Que ha asistido calladamente a este diálogo. Se levanta.*) No te canses, Adolfo. Si llegamos a febrero, habrá consejo de guerra. Eso os lo aseguro yo, desde ahora.

ADOLFO.— ¿Por qué?

PEDRO.— Bah... Todavía es pronto para preocuparse de eso. Son cosas mías..., ideas que uno tiene. Por otra parte, lo más seguro es que no llegemos a febrero. Nos quedan cuarenta días de puesto. Y si ha de haber ofensiva, Dios quiera que empiece dentro de estos cuarenta días.

ADOLFO.— ¿Te has vuelto loco?

PEDRO.— Ya lo veremos. Por el momento, si os parece, sigue rigiendo el mismo horario de siempre.

ADOLFO.— Pedro, aquí ha muerto un hombre, y ese hombre era el cabo, y si piensas que todo va a continuar igual, te equivocas. Yo hago lo que quiero y en mí no manda nadie. Se acabaron las órdenes y los horarios. Se acabaron, al menos para mí, las guardias, y la noche, desde ahora, es para dormir.

PEDRO.— Te estás equivocando, Adolfo. Esta escuadra sigue en su puesto. Y si no estás de acuerdo, trata de marcharte.

ADOLFO.— ¿Oís, chicos? Hay un nuevo cabo. Se ha nombrado él. (*Ríe. De pronto, serio.*) Escucha, Pedro. Si quieres seguir la suerte del otro, continúa así.

PEDRO.— ¿Me amenazas?

ADOLFO.— Te aviso.

PEDRO.— Pues ya sabes cómo pienso. Y si hay que vernos las caras, nos las veremos. Soy el soldado más antiguo y tomo el mando de la escuadra. ¿Hay algo que oponer?

ANDRÉS.— Por mí..., como si quieres tomar el mando de la división.

JAVIER.— A mí me da igual.

LUIS.— No, Pedro. Yo no tengo nada que oponer.

PEDRO.— (*A ADOLFO.*) Ya lo oyes.

ADOLFO.— Si te pones así, es posible que decida hacer una excursión.

PEDRO.— ¿Cómo «una excursión»?

ADOLFO.— Un largo paseo por el bosque.

PEDRO.— ¿Adónde quieres ir?

ADOLFO.— No lo sé aún.

PEDRO.— ¿Entonces?

ADOLFO.— Si me encuentro incómodo aquí...

PEDRO.— No se te habrá ocurrido...

ADOLFO.— ¿Qué?

PEDRO.— ¡Pasarte!

ADOLFO.— ¡Yo no he dicho eso! He dicho «una excursión».

PEDRO.— Oye, Adolfo. Que no se te ocurra abandonar el puesto, ¿lo oyes?

Que no se te ocurra. Por desgracia, uno tiene ya las manos manchadas de sangre, y lo más fácil es que un muerto más no se me note en estas manos ni que me vayan a temblar por eso.

ADOLFO.— Ahora eres tú quien me amenaza.

PEDRO.— No. Me defiendo. (*Un silencio.*)

ADOLFO.— Está bien. ¿Sabes lo que pienso, tú? Que somos dos imbéciles. Si tenemos distintos puntos de vista, no hay que enfadarse, ¿verdad?, sino tratar de conciliarlos y llegar a un acuerdo como buenos amigos. ¿Eh, Pedro?

PEDRO.— Sí. (*Transición.*) No sé si me comprendéis. Lo que yo no quisiera es que, por este camino, llegáramos a degenerar y a convertirnos en un miserable grupo de asesinos. Se es un degenerado cuando ya no hay nada que intentar, cuando uno ya no puede hacer nada útil por los demás. Pero a nosotros se nos ofrece una estupenda posibilidad: cumplir una misión. Y la cumpliremos. Yo no quiero que acabemos siendo una banda de forajidos. Yo no soy un delincuente..., y menos un asesino... Ni vosotros... No hemos conseguido ser felices en la vida..., eso es todo.

LUIS.— (*Por primera vez, habla.*) Es horrible que haya ocurrido todo esto, ¿verdad? Hay que contar con ello, pero... es horrible... Era preferible sufrir las impertinencias del cabo a tener que pensar en esta muerte.

ANDRÉS.— Tú no tienes que pensar en nada, Luis. Ni siquiera tienes que meterte en nuestra conversación. Déjanos a nosotros. Tú no tienes nada que ver con lo que aquí ha pasado.

LUIS.— No. Eso no. Yo soy uno de tantos, Andrés. Yo estoy con vosotros para todo.

ANDRÉS.— Es inútil. Por mucho que quieras, tú ya no puedes ser uno de nosotros. Tú no estabas en la casa. Tú no sacaste tu machete. Tú no sentiste ese estremecimiento que se siente cuando se mata a un hombre...

LUIS.— No... Pero yo hubiera bebido con vosotros. Yo hubiera empuñado el machete y le hubiera pegado como vosotros, de haber estado aquí.

ANDRÉS.— No sé. Eso no puede ni pensarse.

LUIS.— Yo soy un buen compañero.

ANDRÉS.— Sí, claro...

LUIS.— Te lo aseguro...

ANDRÉS.— No te preocupes. Si no hay que preocuparse...

LUIS.— Yo no tengo la culpa de que me tocara la guardia a esa hora.

ANDRÉS.— Claro. Si nadie te dice nada.

LUIS.— No quieres creerme.

ANDRÉS.— Te equivocas. Te creo. *(Se levanta y deja a LUIS solo. PEDRO ha empezado a canturrear algo.)*

ADOLFO.— *(Se tapa los oídos.)* Pedro, ¿quieres callarte?

PEDRO.— ¿Qué te pasa? ¿Es que no puede uno cantar?

ADOLFO.— No... Canta lo que quieras... Pero es que ésa... es la canción que cantaba a veces el cabo Goban. Y no me gusta escucharla.

*(Oscuro.)*



## CUADRO OCTAVO

*Todos menos PEDRO. Sucios, sin afeitarse y tirados por los suelos. ADOLFO se remueve.*

ADOLFO.— ¿Sabéis lo que estoy pensando? Que ya es demasiado y que así no podemos seguir... Días y días, tumbados por los suelos, revolcándonos como cerdos en la inmundicia... ¿Por qué no hacemos algo? Una expedición o algo parecido... Una patrulla de reconocimiento..., algo...

ANDRÉS.— ¿Y adónde vamos a ir?

ADOLFO.— A cualquier parte. Es lo mismo. A cualquier parte. Esto es insano.

ANDRÉS.— Yo ya no puedo ni dormir. Me parece que no puedo hacer otra cosa que dormir. Y me muero de sueño. Y no consigo dormir. Es terrible.

ADOLFO.— Estás muy pálido. Y tienes los ojos hundidos.

ANDRÉS.— A estas horas me da un poco de fiebre.

ADOLFO.— *(Se levanta y va a la ventana.)* ¿A cuántos estamos? ¿Lo sabéis?

LUIS.— A diez de enero.

ADOLFO.— Me parece que ha pasado mucho más tiempo. *(Una pausa.)* Anoche creí oír disparos a lo lejos, y me gustaba. Me puse a escuchar para ver si era cierto..., queriendo que lo fuera. Porque significaba que hay más gente que nosotros en el mundo.

LUIS.— A mí también me pareció oír disparos.

ANDRÉS.— Yo no oí nada.

ADOLFO.— Seguramente fue una ilusión. El viento en los árboles... Por la noche es como si todo el bosque estuviera habitado... Se oyen ruidos...

Al principio me ponía la carne de gallina, pero ya no... Uno va superándose... *(Suena el timbre sordo del teléfono de campaña.)* Javier, ¿quiere usted coger el teléfono, por favor? No tiene más que alargar la mano, mientras que para nosotros representa un gran esfuerzo. *(Parece que JAVIER no oye. El timbre sigue sonando.)* El aparato, Javier. Es un favor que te pedimos. Con seguridad es nuestro querido amigo Pedro, que tiene algo pensado para esta noche. Una buena juerga... Vino y mujeres. Ya sabéis cómo es Pedro, chicos. *(JAVIER ha escuchado las últimas palabras de ADOLFO y coge, con desgana, el aparato.)*

JAVIER.— ¡Sí, Pedro! ¿Cómo? Sí... *(De pronto, trémulo, su mano se crispa en el aparato.)* Sí, entiendo... Bien... *(Pausa.)* Iré repitiendo tus palabras... *(Pausa.)* Se divisa a lo lejos un grupo enemigo... *(Pausa.)* Probablemente una compañía... *(Pausa.)* Exploradores... *(Pausa.)* Es posible que sea la vanguardia de la ofensiva... *(Pausa.)* Atención a las instrucciones... Tú te quedarás en el puesto... *(Pausa.)* En el momento preciso darás la señal para volar el campo... *(Pausa.)* Adolfo en la batería... *(Pausa.)* En cuanto estalle el campo salimos todos..., cada uno a su posición... *(Pausa. Con una leve sonrisa.)* Hay que vender caras nuestras vidas... *(ADOLFO se ha situado junto al dispositivo de la batería. LUIS y ANDRÉS han cogido nerviosamente las armas y forman grupo alrededor del teléfono.)* De acuerdo... Quedamos a la espera de tu señal... *(Se pasa la mano por la frente y tiene una ligera vacilación. LUIS va a sujetarlo.)* No es nada, gracias... No es nada. *(Queda a la escucha. Una pausa dramática.)*

ANDRÉS.— ¿Se ha callado? *(JAVIER hace un gesto de que sí.)* ¿Y qué hay que hacer? ¿Esperar?

ADOLFO.— Claro. *(A JAVIER.)* En cuanto Pedro dé la señal, dices «ya», hago contacto y salimos todos a la trinchera. ¿De acuerdo? *(Patéticos gestos de asentimiento.)* ¿No se oye nada?

JAVIER.— *(A la escucha.)* No.

ANDRÉS.— Habla tú. Pregúntale a Pedro.

JAVIER.— Pedro, ¿qué hay? ¿Siguen avanzando? ¿Se ven más? *(Escucha.)*  
No contesta.

ANDRÉS.— Insiste.

JAVIER.— ¡Pedro! ¿Ocurre algo? ¿Por qué no hablas? ¿Estás ahí? *(Silencio.)*  
Nada...

ANDRÉS.— *(Mira a todos con aprensión.)* ¿Por qué será?

ADOLFO.— Es raro. O será que ha dejado el aparato un momento.

ANDRÉS.— ¿No le habrán sorprendido? *(Un grave silencio.)*

ADOLFO.— No creo...

ANDRÉS.— Si le han sorprendido, pueden estar viniendo hacia aquí y no nos daremos cuenta hasta que los tengamos encima.

ADOLFO.— Cállate. Espera.

ANDRÉS.— ¡No podemos estarnos aquí, cruzados de brazos! ¡Hay que hacer algo! *(Se ha levantado.)*

ADOLFO.— *(Con voz sorda.)* Estate quieto.

ANDRÉS.— ¡Es mejor que vayamos a la trinchera! ¡Se nos van a echar encima, Adolfo! ¡No podemos estarnos aquí!

ADOLFO.— Quietos. Cálmate. Son los nervios. Hay que dominar los nervios. No pasa nada, ¿ves? Espera...

ANDRÉS.— *(Se retuerce las manos. Gime.)* ¡No puedo esperar! *(Queda sentado y encogido, tratando de dominar los nervios. No lo consigue. Larga pausa. Todos miran al rostro de JAVIER, que ahora permanece imperturbable. De pronto.)*

JAVIER.— ¿Qué hay, Pedro? *(Escucha. ANDRÉS mira ansiosamente a JAVIER.)* Una compañía, sí... Se ha desviado... No venía nadie detrás... Una falsa alarma... Hasta luego...

*(Oscuro.)*



## CUADRO NOVENO

*Los cinco están acabando de comer, menos JAVIER, que está tumbado en silencio.*

ADOLFO.— *(Que come el último bocado.)* ¿Tenéis tabaco?

PEDRO.— *(Le da uno.)* El último paquete. *(Se lo guarda.)*

ANDRÉS.— La galleta está dura y apenas quedan conservas ni agua. Dentro de unos días no podremos vivir por nuestra cuenta.

PEDRO.— Economizando tenemos para una semana. Es decir, hasta febrero. Lo demás no depende de nosotros. No hay por qué preocuparse.

ADOLFO.— *(Fumando.)* Bien, parece que la cosa va a terminar mejor de lo que suponíamos. *(Ríe.)* La ofensiva se ha evaporado. *(Vuelve a reír.)* Habrá que empezar a pensar en otras cosas. Es posible que todas las desgracias hayan terminado para nosotros. ¿No os dais cuenta? Esto se está terminando, amigos. El tiempo llega a su fin. En resumen, ha habido suerte y no creo que podamos quejarnos. Lo más seguro es que nos retiren de este puesto y nos indulten. La pena está cumplida. Nosotros no tenemos la culpa de que no nos hayan matado. Estábamos aquí para morir en la ofensiva. Si no ha habido ofensiva, ¿qué le vamos a hacer? No creo que nos manden a otro puesto de castigo.

PEDRO.— Es extraño, Adolfo. Es extraño que te consideres limpio y dispuesto a vivir tranquilamente, como si no hubiera pasado nada. Hay una cuenta pendiente, Adolfo. Una cuenta que no podemos olvidar.

ADOLFO.— El cabo, ¿no?

PEDRO.— Sí, el cabo. Yo no sé si el tiempo que hemos estado aquí ha sido suficiente para que nunca más volvamos a tener remordimientos de lo que cada uno hicimos antes. Pero sé que ahora somos culpables de la muerte de un hombre.

ADOLFO.— ¿Te arrepientes de haber matado al cabo Goban, a esa víbora...?

PEDRO.— No. Y hasta es posible que si todo empezara de nuevo, volviera a matar al cabo Goban con vosotros; pero eso no cambia nada. Yo soy de los que creen que se puede matar a un hombre. Lo que pasa es que luego hay que enfrentarse con el crimen como hombres. Eso es lo que quiero decir.

ADOLFO.— Pedro, yo no digo que haya que olvidar lo del cabo y vivir alegremente. El que tenga remordimientos, bien está y que los lleve con él toda la vida, si es preciso. Cada uno, según su conciencia. Pero ahora se trata de lo que hay que hacer cuando esto se acabe. Hay que imaginar una historia sobre la desaparición del cabo. A eso me refiero. «No sabemos qué ha sido de él.» ¿Eh? ¿Qué os parece?

ANDRÉS.— Sí, es lo mejor. Salió la mañana de Navidad y no hemos vuelto a verlo.

ADOLFO.— Hay que recordarlo bien. «La mañana de Navidad.» Que no se os olvide. Después del desayuno, a eso de las ocho.

ANDRÉS.— A eso de las ocho, sí. Dijo que iba de observación. Que pensaba internarse. Que si no estaba para la hora de comer, no nos preocupáramos. No sé si creerán que el cabo pensaba dejarnos tanto tiempo solos.

ADOLFO.— Sí, ¿por qué no? Estaba inquieto. La noche anterior había oído ruidos extraños.

ANDRÉS.— Pudo mandarnos a cualquiera de nosotros.

ADOLFO.— No se fiaba. Prefería...

PEDRO.— (*Se levanta.*) Podéis continuar imaginando historias. No os va a servir de nada.

ADOLFO.— ¿Por qué?

PEDRO.— Porque pienso denunciar la muerte del cabo tal como ocurrió. (*Pausa larga. Todos se miran.*)

ANDRÉS.— No, Pedro. Eso es una locura.

PEDRO.— Es lo que pienso hacer.

ADOLFO.— Estás hablando en broma, ¿verdad, Pedro? No puedes estar hablando seriamente. (*Trata de sonreír.*) ¿Verdad? Tú no piensas hacer lo que has dicho. De ningún modo piensas una cosa así.

PEDRO.— ¿Os extraña?

ADOLFO.— ¡Pedro! (*Se acerca a él.*) ¡Ten en cuenta que estamos hablando de verdad!

PEDRO.— Yo estoy hablando de verdad. Yo soy de los que no se asustan ante las consecuencias de los hechos. Sé cargar con ellas. Exijo cargar con ellas. Es mi modo de ser.

ADOLFO.— ¡No, Pedro! ¡Tú no harás eso! ¡No puedes hacer eso! ¿Cómo se te ha ocurrido una cosa así? Estás jugando con fuego, Pedro.

PEDRO.— ¿Jugando? Yo no sé jugar.

ADOLFO.— (*Se sienta. Sombrio.*) No puedes hacer eso. No puedes...

PEDRO.— (*Sin mirarle.*) ¿Qué es lo que no puedo?

ADOLFO.— Si tú no quieres ya vivir, no puedes arrastrarnos a seguir tu suerte.

PEDRO.— Yo no arrastro a nadie. Yo voy solo a donde me parece que debo ir. Vosotros haced lo que queráis.

ADOLFO.— Es un suicidio. Es entregarte al piquete de ejecución.

PEDRO.— No. Entregarme al piquete no me corresponde a mí. Que yo muera o no, les corresponde decidirlo a ellos. Lo mío se reduce a decir la participación que tuve en un crimen que se cometió la noche de Navidad<sup>12</sup>. ¿Está claro?

ADOLFO.— Estás disponiendo de nuestras vidas, Pedro. ¿Qué hacemos nosotros?

PEDRO.— Yo no pretendo discutir esto, Adolfo. A mí me parece que hay cosas más importantes que vivir. Me daría mucha vergüenza seguir viviendo. Ya no podría ser feliz nunca.

ADOLFO.— Pedro, estábamos borrachos. Ten en cuenta... El alcohol...

PEDRO.— No, si eso es lo de menos. Estábamos borrachos, el alcohol... Sí, es verdad. No contaré ni una mentira. Lo diré todo, como ocurrió.

ADOLFO.— Es un sacrificio inútil.

PEDRO.— Ocultar lo que aquí ha pasado para ganarnos unos miserables años más de vida... sí que me parece un sacrificio inútil.

ADOLFO.— Pedro, ya te he entendido. No es nada de lo que dices. No es que seas más hombre que los demás. No es que te importe lo que ocurrió ni

---

<sup>12</sup> En la 1.<sup>a</sup> edición: «Lo mío se reduce a decir la participación que tuve en un crimen que se cometió en la noche de Navidad del año pasado. El cabo, a pesar de todo, era un compañero, y lo que hicimos fue un crimen. ¿Está claro?».

que creas que mereces ser castigado. Es simplemente que quieres morir<sup>13</sup>. ¡Es que estás desesperado desde lo que pasó con tu mujer! ¡Es que estás loco! ¡No es más que eso!

PEDRO.— (*En un rugido.*) ¿De qué estás hablando?, di. ¿De qué estás hablando? ¡O te callas, o...!

ADOLFO.— ¿Ves? Te ha dolido porque es verdad. Pero nosotros queremos vivir. Tú no entiendes que nadie quiera vivir, ¿verdad? Pero nosotros..., nosotros queremos. (*Pausa. PEDRO se ha sentado, abatido.*)

ANDRÉS.— Pedro, ¿qué piensas?

PEDRO.— Nada. Ya sabéis cuál es mi actitud. Interpretadla a vuestro gusto. Yo voy a entregarme al consejo de guerra. El que no quiera seguir mi suerte puede irse. Yo no soy quién para arrastraros por un camino que a vosotros no os parece... el mejor... (*Cierra los ojos. Lentamente.*) Yo he pensado mucho en ello. Voy a ir por ese camino. No veo otro... para mí... Para que mi vida no sea algo que un día tenga que arrastrar con vergüenza..., para... salvarme... No sé vosotros... Yo... he terminado... No cuento ya con vivir...

ANDRÉS.— Yo te comprendo. Te has puesto por delante, pero te comprendo. Yo quiero vivir, pero te comprendo. Nos haces un gran daño, porque habría que matarte para que callaras y sería ya demasiada sangre... No somos tan malos, ¿te das cuenta?

ADOLFO.— Cállate, Andrés. O habla por ti. A mí no me metas en tu compasión. Yo estoy dispuesto a salvarme, por encima de todo. (*Se apodera de un fusil y lo monta.*) Pedro, estoy dispuesto a llevarme a quien sea por delante. Tú lo has querido.

PEDRO.— (*Se sienta tranquilamente.*) Únicamente te digo... que lo pienses un poco antes de hacer una tontería. No te aconsejo que prescindas de mí. No te conviene. Tendrías que dar luego demasiadas explicaciones..., y lo más seguro es que no llegaran a creerte. Después de las cosas que han ocurrido, creo que conviene meditar antes de tomar una decisión. ¿Estás seguro de que los demás están de acuerdo contigo? ¿No te dejarán solo cuando lo hagas..., en cuanto aprietes el gatillo?

ADOLFO.— Andrés, ¿tú qué piensas?

<sup>13</sup> En la 1.ª edición: «Es que no quieres volver a casa, porque ya no podrías vivir con tu mujer después de lo que pasó. Aunque tú no lo quieras confesar, es eso. ¡No es más que eso!».

ANDRÉS.— No, Adolfo. No creo que debas hacerlo. Espera. Ya pensaremos.

ADOLFO.— Y vosotros, ¿qué?

JAVIER.— (*Se encoge de hombros.*) Me gustaría volver a casa, pero me parece que se ha puesto muy difícil volver. Estoy dispuesto a que se cumpla lo que tenga que cumplirse. Lo que tiene que venir..., a pesar de todos nuestros esfuerzos. No contéis conmigo para nada. Me gustaría no volver a hablar nunca.

ADOLFO.— (*Hace un gesto de impaciencia.*) ¡Bah! ¡Tonterías! ¿Qué razón hay para que nos demos por vencidos? Sin Pedro, tenemos una larga vida por delante. ¿Qué hacemos con él? (*Nadie responde. Exasperado.*) Tú, Luis, ¿qué piensas? Claro, a ti te da igual también. No tienes nada que temer del consejo de guerra, ¿eh? ¡Te lo has creído! Todo depende de lo que declaremos los demás. Si nosotros queremos, cae todo sobre ti. ¿Te das cuenta? Tú lo mataste... en el puesto de guardia. ¡Y niégalo! Luis, no es que vayamos a decir eso. Lo que quiero hacerte comprender es que tienes que ayudarnos. (*Luis vuelve la cabeza.*)

PEDRO.— Te han dejado solo. (*ADOLFO, desalentado, tira el fusil. Se sienta y oculta el rostro entre las manos.*)

(*Oscuro.*)



## CUADRO DÉCIMO

*Están todos, menos PEDRO, JAVIER, tendido. ADOLFO, en una actitud semejante a la del final del cuadro anterior. Alza la cabeza y dice:*

ADOLFO.— ¿Y Pedro?

ANDRÉS.— Acaba de salir.

ADOLFO.— Bien. Quería deciros una cosa. A pesar de todo, a pesar de vuestro miedo y de los escrúpulos de todos, Pedro tiene que morir. Es nuestra única salida. Es inútil tratar de convencerlo. Hay que terminar con él si todavía queremos esperar algo de la vida. Por otra parte, no es tan terrible si lo que os horroriza es... hacerlo. Yo solo lo hago. Y no me importa, porque sé que él quiere morir y que espera con impaciencia el momento de ponerse ante el piquete. Supongo que... habréis reflexionado y... sin duda...

ANDRÉS.— Yo no lo autorizo, Adolfo. Ya está bien de sangre. Y cállate ya.

ADOLFO.— (*Se estremece.*) Estamos a treinta. Dentro de unas horas puede venir la patrulla. Empieza a ser peligroso permanecer aquí. Yo había pensado que resultaría fácil explicar la desaparición de Pedro. Simplemente..., se fue con el cabo. Los dos, prisioneros del enemigo, con toda seguridad.

ANDRÉS.— Cállate, Adolfo. Es inútil.

ADOLFO.— (*Sombrío.*) Está bien. Entonces no habrá más remedio que abandonar esta casa hoy mismo. ¿Y adónde ir? Por el bosque... a las montañas... Todo este país es una trampa para nosotros. Aunque... puede que tengamos una posibilidad de salvarnos.

ANDRÉS.— ¿Cuál?

ADOLFO.— Podríamos organizarnos por nuestra cuenta... en la tierra de nadie. Hacer vida de guerrilla, cogiendo provisiones en las aldeas y viviendo en las montañas. Nos damos de baja en el ejército y ya está. Sé de grupos que han vivido así años y años. Y supongo que no se pasará mal del todo.

ANDRÉS.— No, Adolfo. Tampoco en eso estoy de acuerdo contigo. Yo quiero vivir, pero no tengo ganas de luchar..., no me siento con fuerzas. Yo he decidido pasarme. No es una agradable salida, pero al menos viviré. En los campos de prisioneros se vive.

ADOLFO.— ¿Eso es todo lo que se te ocurre?

ANDRÉS.— Sí.

ADOLFO.— ¡Pues eres un estúpido! Andrés, escucha. Me estáis volviendo loco entre todos. ¿Qué es lo que pretendéis? Estáis todos contra mí. Os habéis abandonado... Que decida el destino por nosotros, ¿no? ¿Y qué es eso del destino? (*Ríe.*) No queréis vivir ninguno. Tú dices que sí, pero es mentira. Escúchame. En las montañas del norte se puede vivir. Dentro de poco empezará la primavera y no faltarán frutas en las huertas abandonadas y caza en el monte.

ANDRÉS.— No. Me doy cuenta de que yo no sirvo para vivir así, huido..., hasta que me cace a tiros una patrulla de unos o de otros. Yo quiero descansar. En el «campo», al menos, podré tumbarme. ¿Sabes? Desde que el cabo me pegó aquí, (*Por el pecho.*) no me encuentro muy bien.

ADOLFO.— Pero ¿es que no sabes cómo se trabaja en los «campos»? Como bestias. Te reventarán en una cantera o en una mina.

ANDRÉS.— Por la noche podré dormir.

ADOLFO.— No... Acabarás como han acabado muchos, tirándose contra las alambradas, electrocutado, si es que puedes. Que es posible que ni eso puedas hacer. Vente conmigo.

ANDRÉS.— Contra las alambradas... Me haces reír... Para tirarse contra las alambradas hay que desear morir, y yo...

ADOLFO.— Claro que lo deseas, y si no..., acabarás deseándolo.

ANDRÉS.— No... Vivir... como sea...

ADOLFO.— ¿Cómo crees que te tratarán los guardianes del «campo»? ¡A latigazos!

ANDRÉS.— Lo veremos.

ADOLFO.— Los hay que ya ni se mueven para nada, que ya no sienten ni los golpes... Son como plantas enfermas... Tumbados... Se lo hacen todo encima y no se mueven... Viven entre su propia porquería...

ANDRÉS.— Descansan, por fin.

ADOLFO.— Sin contar con que ¿quién te dice que vas a llegar al «campo»? Es probable que te cacen al acercarte a las líneas.

ANDRÉS.— Llevaré una bandera blanca. No creo que disparen.

ADOLFO.— Andrés, tú no te das cuenta de lo que podríamos hacer. Uno solo es difícil, pero un pequeño grupo armado... ¡Podríamos hacer tantas cosas...! En el monte hay escondrijos... Va a merecer la pena. Hasta es posible que pasemos buenos ratos. ¡Escucha!

ANDRÉS.— He decidido ya, Adolfo.

ADOLFO.— ¿Y vosotros? (*Entra PEDRO.*) Luis, ¿tú?

LUIS.— Yo voy a seguir aquí, con Pedro. Si supiera que te iba a servir de algo mi ayuda, me iría contigo. Pero iba a ser un estorbo para ti. Habría que cometer violencia en las aldeas, robar..., quizá matar si los campesinos nos hacían frente. No sirvo para eso, Adolfo. Perdóname.

ADOLFO.— No contaba contigo, Luis. No tienes que explicarte.

LUIS.— Haces bien en despreciarme, Adolfo. Tienes derecho a despreciarme.

ADOLFO.— ¡Déjame en paz! ¿Y tú, Javier? (*JAVIER no responde.*) ¿Te quedas?

JAVIER.— Sí.

ADOLFO.— ¿Sabes lo que eso significa? ¡Fusilado!

JAVIER.— Sí, lo sé..., aunque a mí es posible que no me fusilen.

ADOLFO.— ¿A ti? ¿Por qué?

JAVIER.— Son cosas mías.

ADOLFO.— ¿Va a declarar Pedro a tu favor?

JAVIER.— No. No es so. A Pedro le gusta decir la verdad. ¿Eh, Pedro? (*PEDRO no contesta.*)

ADOLFO.— ¿Entonces?

JAVIER.— Dejadme en paz. Sois dos estúpidos, Andrés y tú. Dices con horror «fusilado» y te vas a que te cacen como una alimaña a tiros..., o te linchen en cualquier aldea... El otro quiere vivir y se va a que lo aplasten entre las alambradas de un «campo». Tiene gracia. Todos son... caminos de muerte. ¿No os dais cuenta? Es inútil luchar. Está pronunciada la última palabra y todo es inútil. En realidad, todo era inútil... desde un principio. Y desde un principio estaba pronunciada la última palabra.

Todavía queréis luchar contra el destino de esta escuadra... que no es sólo la muerte, como creíamos al principio..., sino una muerte infame... ¿Tan torpes sois... que no os habéis dado cuenta aún?

PEDRO.— (*Aislado, habla.*) Pero ¿sabéis que yo tenía una esperanza? La de que el desenlace llegara por otro sitio. Que todo hubiera acabado en esta casa, frente al enemigo, pasados a cuchillo<sup>14</sup>, después de habernos llevado por delante a unos cuantos... y después de haber avisado a la primera línea. Ya que no se nos ha concedido este fin, pido, al menos, que no haya nunca ofensiva en este sector, y que nuestro sacrificio sirva para detener el derramamiento de sangre que parecía acercarse a todo lo largo del frente.

ADOLFO.— (*Se levanta. Bosteza.*) Voy ver si duermo. Al anoecer abandonaré la casa. En la primera aldea habrá alguien que quiera venirse conmigo al monte. Necesito encontrar un compañero y lo tendré. (*Se echa a dormir.*)

ANDRÉS.— Me iré contigo. Si te parece, vamos juntos hasta la salida del bosque. Allí un apretón de manos y... ¡buena suerte! Voy a tumbarme un rato..., aunque creo que no podré dormir. (*Se echa también. LUIS está mirando por la ventana. JAVIER, sentado, con la mirada fija en el suelo. PEDRO pasea, pensativo. De pronto, se para y dice a JAVIER.*)

PEDRO.— Entonces, ¿has llegado a eso? ¿A pensar...?

JAVIER.— (*Se encoge de hombros.*) No sé a qué te refieres.

PEDRO.— Javier, desde que ocurrió «aquello» has estado pensando, cavilando. ¿Te crees que no me he dado cuenta?; mientras los demás tratábamos de actuar a nuestra manera, tú, mientras tanto, nos mirabas... Yo diría que con curiosidad..., como un médico puede mirar a través de un microscopio...

JAVIER.— (*Ríe secamente.*) Sólo que yo soy una de las bacterias que hay en la gota de agua..., en esta gota que cae en el vacío. Una bacteria que se da cuenta; ¿te imaginas algo más espantoso? (*Un silencio.*) Sí, tienes razón. Durante todo este tiempo, desde que matamos a Goban, he estado investigando..., tratando de responder a ciertas preguntas que no he tenido más remedio que plantearme...

PEDRO.— ¿Y qué?

<sup>14</sup> En la 1.ª edición: «pasados a cuchillo por esos salvajes».

JAVIER.— Ahora ya sé..., me he enterado..., mi trabajo ha concluido felizmente. He conseguido (*una leve sonrisa.*) un éxito..., desde el punto de vista científico... He llegado a conclusiones.

PEDRO.— ¿Qué conclusiones?

JAVIER.— La muerte del cabo Goban no fue un hecho fortuito.

PEDRO.— No te entiendo.

JAVIER.— Formaba parte de un vasto plan de castigo.

PEDRO.— ¿Has llegado a pensar eso?

JAVIER.— Sí. Mientras él vivía llevábamos una existencia casi feliz. Bastaba con obedecer y sufrir. Se hacía uno la ilusión de que estaba purificándose y de que podía salvarse. Cada uno se acordaba de su pecado, un pecado con fecha y con circunstancias.

PEDRO.— ¿Y después?

JAVIER.— Goban estaba aquí para castigarnos y se dejó matar.

PEDRO.— ¿Que se dejó matar? ¿Para qué?

JAVIER.— Para que la tortura continuara y creciera. Estaba aquí para eso. Estaba aquí para que lo matáramos. Y caímos en la trampa. Por si eso fuera poco, la última oportunidad, la ofensiva, nos ha sido negada. Para nosotros estaba decretada, desde no sé dónde, una muerte sucia. Eso es todo. Tú dices que tenías esa esperanza..., la de que muriéramos en la lucha... Pobre Pedro... Y todavía, ¿verdad que sí?, todavía tienes... no sé qué esperanzas... ¿Cómo has dicho antes? «Que nuestro sacrificio sirva...» Eso es como rezar...

PEDRO.— Sí, es como rezar. Puede que sea lo único que nos queda..., un poco de tiempo aún para, cuando ya parece todo perdido..., rezar...

JAVIER.— (*Ríe ásperamente.*) Estamos marcados, Pedro. Estamos marcados. Rezar ¿para qué?, ¿a quién? Rezar...

PEDRO.— ¡Cómo puedes decir eso...! ¿Entonces crees que alguien...?

JAVIER.— Sí. Hay alguien que nos castiga por algo..., por algo... Debe haber..., sí, a fin de cuentas, habrá que creer en eso... Una falta... de origen... Un misterioso y horrible pecado... del que no tenemos ni idea. Puede que haga mucho tiempo...

PEDRO.— Bueno, seguramente tienes razón, pero déjate de pensar eso... Debe de ser malo... No, tú no te preocupes... Hay que procurar tranquilizarse... para hacer frente a lo que nos espera.

JAVIER.— Sí, pero yo no puedo evitarlo..., tengo que pensar, ¿sabes? (*Sonríe débilmente.*) Es... mi vocación... desde niño...; mientras los demás jugaban alegremente..., yo me quedaba sentado, quieto..., y me gustaba pensar...

(*Oscuro.*)

## CUADRO UNDÉCIMO

*En la oscuridad, ruido de viento. Hay –pero apenas pueden ser distinguidas– dos sombras, entre árboles, en primer término. Suenan, medrosas, como en un susurro, las voces de ADOLFO y ANDRÉS.*

ANDRÉS.– Espera... Estoy cansado... Hemos andado mucho...

ADOLFO.– ¿Qué te ocurre?

ANDRÉS.– Hemos... andado mucho... ¿Dónde estamos?

ADOLFO.– Aquí termina el bosque, ¿no lo ves? Y por allá, la montaña.

ANDRÉS.– ¿Y dónde... las líneas enemigas?

ADOLFO.– Enfrente de nosotros..., allí...

ANDRÉS.– Déjame sentarme... Estoy cansado.. *(Una sombra se abate.)*

ADOLFO.– Vamos, no te sientes ahora. Hay que darse prisa...

ANDRÉS.– Vete tú, vete tú... Si quieres...

ADOLFO.– No; yo solo no... Tú te vienes conmigo... Es una locura lo de pasarse..., una locura... *(Una ráfaga de viento.)*

ANDRÉS.– ¿Qué dices?

ADOLFO.– Es una locura... *(Una ráfaga de viento.)*

ANDRÉS.– ¿Sabes lo que me gustaría? No haber salido de la casa...

ADOLFO.– ¿Qué quieres ahora? ¿Volver?

ANDRÉS.– No. Ya no.

ADOLFO.– ¿Vienes o no vienes?

ANDRÉS.– No, no... Me quedo aquí... Cuando me tranquilice, iré hacia ellos...

    Cuando *(Con ahogo.)* me tranquilice...

ADOLFO.— ¡Andrés, ven conmigo! ¡Yo también tengo miedo a lo que voy a hacer..., pero juntos...!

ANDRÉS.— ¡No me harán nada, ya verás! ¡No me harán ningún daño!

ADOLFO.— Entonces, ¡como quieras!, adiós y... ¡buena suerte!

ANDRÉS.— ¡Buena suerte, Adolfo! (*Las sombras se separan. Otra ráfaga de viento.*)

(*Oscuro.*)

## CUADRO DUODÉCIMO

*Se hace luz en la escena. Crepúsculo. Está solo LUIS. En seguida entra PEDRO.*

PEDRO.— ¡Luis!

LUIS.— ¿Qué hay?

PEDRO.— (*Descolgando el fusil.*) ¿Qué ha estado haciendo Javier esta tarde?

LUIS.— Nada. Sentado ahí. Y luego se marchó. Dijo que iba a dar un paseo por el bosque. ¿Por qué?

PEDRO.— No. Únicamente... que desde que anoche se marcharon Adolfo y Andrés no ha vuelto a decir ni una palabra.

PEDRO.— Ya no la dirá nunca. Acabo de encontrarlo en el bosque. Se ha colgado.

LUIS.— ¡Cómo! ¿Que se ha...? ¿Muerto?

PEDRO.— Sí. A unos cincuenta metros de aquí. De un árbol. Cuando venía hacia la casa me he topado con él... Se balanceaba... Ha sido un triste final para el pobre Javier. He tenido que trepar al árbol para descolgarlo... Allí está...

LUIS.— ¡Ahorcado!

PEDRO.— No ha tenido valor para seguir. Seguramente venía pensando hacerlo. Y ahora que está a punto de llegar la patrulla se conoce que le ha parecido absurdo continuar... O ha tenido miedo... Y como el final iba a ser el mismo..., ha decidido acabar por su cuenta.

LUIS.— Pero no es lo mismo. Acabar así es peor. Es condenarse.

PEDRO.— El se sentía ya condenado. Se creía maldito. Pensaba demasiado. Eso le ha llevado... a terminar así.

LUIS.— (*Con voz temerosa.*) Y en realidad parece que ésta era una escuadra maldita, Pedro. ¿Qué será de Adolfo y de Andrés a estas horas? ¿Habrán llegado muy lejos?

PEDRO.— (*Se encoge de hombros.*) Déjalos. Es como si se los hubiera tragado la tierra. Bien perdidos están. (*Un silencio.*)

LUIS.— Estamos solos, Pedro. Solos en esta casa. ¿Qué va a ser de nosotros?

PEDRO.— Yo también desapareceré, Luis. Sólo tú vivirás.

LUIS.— No, Pedro. Yo no quiero vivir si todos vosotros me dejáis. No hay razón para que yo haya sido excluido. Pedro, te pido que digas: Luis estuvo con nosotros esa noche. Luis también mató.

PEDRO.— No. Tú te quedas aquí, en este mundo. Quizá sea ése tu castigo. Quedarte, seguir viviendo y conservar en el corazón el recuerdo de esta historia.

LUIS.— Pero yo no podré...

PEDRO.— Sí podrás. Acabará la guerra y tú volverás a vivir. Encontrarás nuevos amigos. Te enamorarás de una mujer... Te casarás... Tú debes aceptarlo todo. Ellos no sabrán por qué a veces te quedas triste un momento..., como si recordaras... Y entonces estarás pensando en el cabo, en Javier, en Adolfo, en Andrés, en mí... Luis, no tienes que apenarte por nosotros. Apénate por ti..., por la larga condena que te queda por cumplir: tu vida.

LUIS.— Pedro, y todo esto, ¿por qué? ¿Qué habremos hecho antes? ¿Cuándo habremos merecido todo esto? ¿Nos lo merecíamos, Pedro?

PEDRO.— ¡Bah! No hay que preguntar. ¿Para qué? No hay respuesta. El único que podía hablar está callado. Mañana vendrá seguramente la patrulla. Échate a dormir. Yo haré la guardia esta noche.

LUIS.— No. Échate tú, Pedro. Yo haré la guardia.

PEDRO.— Entonces..., la haremos juntos, charlaremos..., tendremos muchas cosas que decir. Seguramente es la última noche que pasamos aquí. Sí, esto se ha terminado.

LUIS.— (*Que ha mirado fijamente a PEDRO.*) ¿Sabes? Yo apenas hablo..., no me gusta decir muchas cosas..., pero hoy, que estamos tan solos aquí, tengo que decirte que te admiro. Y que te quiero mucho. Que te quiero como si fueras mi hermano mayor.

PEDRO.— Vamos, muchacho... Estás llorando... No debes llorar... No merece la pena nada... *(Saca un paquete de tabaco con dos cigarrillos.)* Mira, dos cigarrillos. Son los últimos. ¿Quieres fumar? *(Los ha sacado y estrujado el paquete.)*

LUIS.— No..., no he fumado nunca.

PEDRO.— Que sea la primera vez. *(Encienden. Fuman.)* ¿Te gusta? *(LUIS asiente, limpiándose lágrimas, como de humo. PEDRO lo mira con ternura.)* Tu primer cigarrillo... No lo olvidarás nunca... Y cuando todo esto pase y te parezca como soñado, como si no hubiera ocurrido nunca..., cuando tú quieras recordar... Si algún día, dentro de muchos años, quieres volver a acordarte de mí..., tendrás que encender un cigarrillo..., y con su sabor esta casa volverá a existir, y el cuerpo de Javier estará recién descolgado, y yo... yo te estaré mirando... así... *(Está oscureciendo. Cae lentamente el telón.)*

*(Fin.)*

